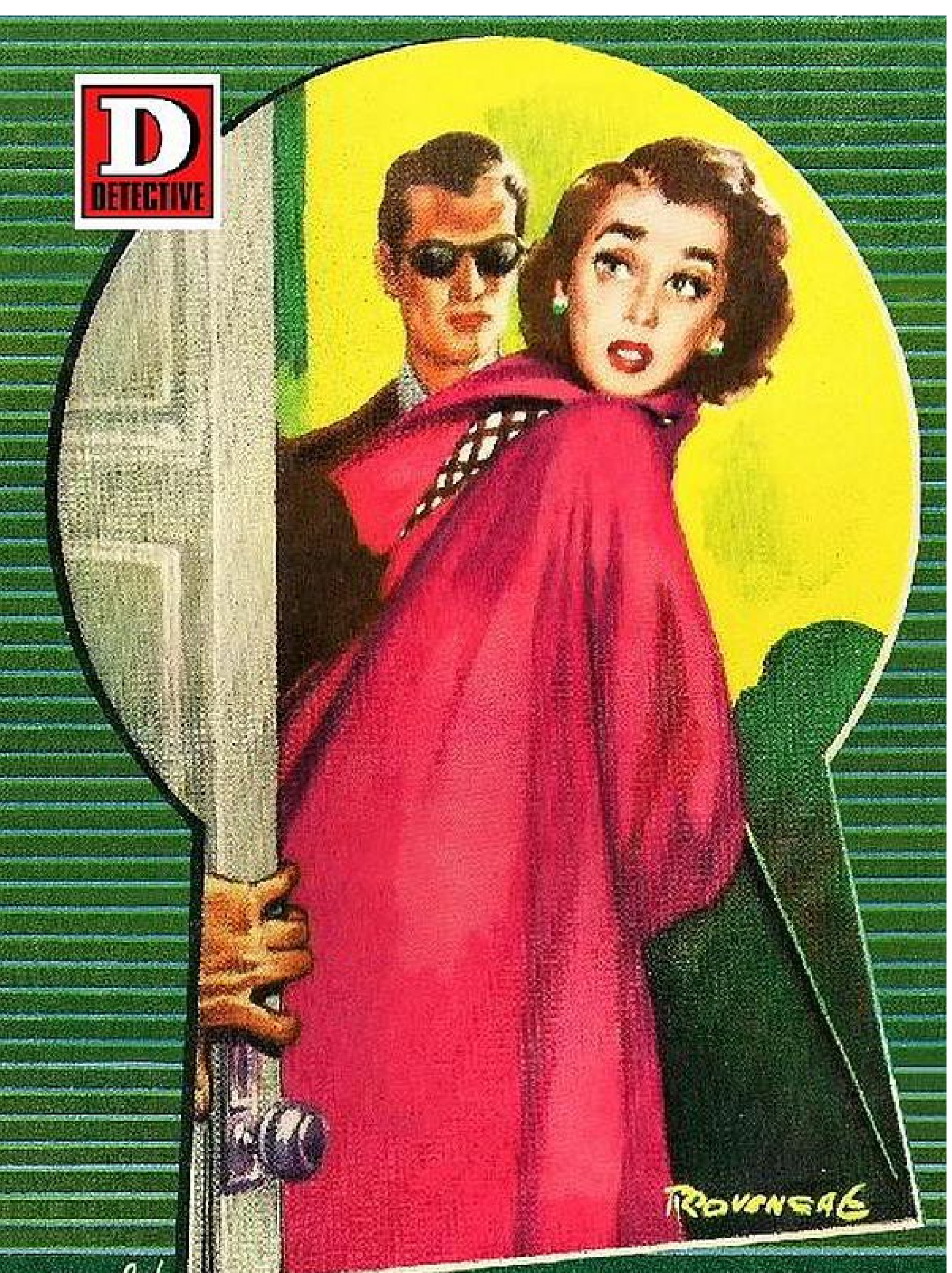


Arnold Briggs

BRIGADA FLUVIAL

Un correcta novela negra con crímenes encadenados, violencia extrema, mujeres de apabullante sensualidad y un escenario, Nueva Orleáns, que da a la narración una especial atmósfera cosmopolita y sugerente.

Un hombre aparece con un puñal clavado en la nuca flotando en los pantanos que rodean la ciudad de Nueva Orleáns. Es el segundo caso en pocos días y la policía encarga el caso al lince Graham Colbert, un brillante policía apodado el Judas por ser hijo y hermano de hampones de renombre en la ciudad. Colbert empieza su investigación y ello le lleva a visitar diversos tugurios y a enfrentase a su hermano Fox que, aunque delincuente —un simple contrabandista—, es un tipo noble que no perdona a su hermano su cambio de bando. Todo ello cambia cuando Graham, investigando el caso de los puñales y advirtiendo que las ya tres víctimas tenían algo en común, recibe una brutal paliza que le deja malherido e irreversiblemente ciego.

La ceguera de Colbert le lleva a las puertas del suicidio pero su hermano asume su cuidado con la ayuda su actual amante, la bella artista Carolina Depré, que canta como la Piaf y la Greco y que emociona con su versión de «Les feuilles mortes». Los dos hermanos, uno como mente pensante y el otro como brazo ejecutor, empiezan a desarrollar su investigación y ello les lleva descubrir que los tres asesinados formaban parte de un grupo de siete náufragos que se salvaron de un extraño hundimiento; en la investigación que dirige desde su ceguera Graham, Fox queda fascinado por la figura y sensualidad de Marian Bellamy, también cantante, y descubre que tras el naufragio había una compleja trama de contrabando de lingotes de oro que empezaba en Australia, seguía en Colombia y culminaba en Nueva Orleáns. Tras diversos avatares en los que Fox actúa bajo diversas máscaras, se desvela toda la trama y se descubre que Carolina era una cómplice de los contrabandistas y que Marian era una policía australiana que estaba siguiendo el caso. Graham resuelve, pues, el caso, y Marian y Fox inician una relación amorosa.

Un texto interesante que en algunos momentos aparece envuelto en

una cierta confusión argumental pero que se redime por innegables virtudes: la figura del detective ciego y su desesperación que le acerca al suicido, la presencia de mujeres sensuales que turban a los personajes de la narración, las sórdidas escenas de palizas callejeras o la dignidad de Fox, un delincuente redimido por su amor fraternal. Igualmente, los pantanos de Nueva Orleáns y el aire cosmopolita de la ciudad otorgan a la novela un magnífico escenario. Aunque la novela es algo irregular, de vez en cuando aparece alguna perla impresionista:«El ayudante y los tres policías se marcharon. Sus linternas fuero moteando de repentinas aureolas espacios cada vez más alejados» (p. 6).

A destacar cómo la novela aparece con la indicación del título original, River Brigade, y la identidad del traductor, Francisco Gómez Llopis, un artificio del editor —o quizás del propio Debrigode — para dar mayor verosimilitud a la identidad anglosajona de Arnold Briggs.

Sinopsis, extraída de la página: https://peterdebry.blogspot.com/



Arnold Briggs

Brigada fluvial

Detective - 17

ePub r1.0
LDS 05.01.19

Título original: *River brigade*
Arnold Briggs, 1953
Traducción: Francisco Gómez Llopis
Portada: Provensal
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




Brigada
fluvial
por ARNOLD BRIGGS
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Los numerosos surcos de «bayús», los pequeños arroyuelos de los pantanos en el laberíntico delta del Mississippi, al sur de Nueva Orleans, fulgían con poético resplandor lunar.

Pero los dos hombres que hundidas las manos en los bolsillos de sus abrigos, parecían estar esperando con ansia la llegada de alguien que les permitiera abandonar aquel desértico paraje pantanoso, no tenían humor para apreciar la extraña poesía del nocturno concierto.

Croaban las ranas con monótona insistencia, y de vez en cuando callaban al lanzar con su vuelo, un sonoro graznido, una garza real cuyo multicolor plumaje se recortaba unos instantes por encima del obscuro verdor de musgos trepando en húmedo abrazo con lianas y arbustos.

Uno de los dos hombres volvió a mirar el cuerpo que flotaba boca abajo en el charco, a poca distancia. Una postura trágicamente grotesca.

El cuerpo parecía intentar un abrazo imposible, extendidos los brazos y abiertas las piernas. Estaba medio sumergido, y el charco no tendría mucho más de un metro de hondo.

Vestía sarga azul que se abullonaba, aumentando la corpulencia el agua embalsada por mangas y perneras. Se mantenía adherido a su cráneo el gorro de lana, gris.

Sobresalía de su nuca un cilindro estriado. El mango de cuerno de un cuchillo marinero.

—Fué aquí también donde pescaron al otro, ¿no?

—No estaba yo de «caminante» —rezongó su colega.

La Brigada Fluvial de Nueva Orleans, no tenía, como la del Támesis, la misión de repescar ahogados. Tampoco como la de

Canales Europeos, se dedicaba a vigilar el posible contrabando.

Era la sección de represión del crimen, en el sector sur de la ciudad, a partir de la curva líquida del río, y en la extensa zona pantanosa poblada en sus partes sólidas.

Sus componentes tenían dos servicios: el «caminante», cuando recorrían sectores para los que habían tenido que sobrellevar un difícil aprendizaje de tres años, antes de saber dónde pisar con seguridad, entre los dédalos de arenas movedizas, pozos hondos, y barro succionador.

El otro servicio era más agradable: a bordo de lanchas motoras, y por el sector navegable.

—De algo hay que hablar —opinó el que primero había roto el silencio—. Llevamos ya media hora esperando.

—Estará terminando de cenar el comisario Clemens. Era su turno, la noche que pescaron al otro. Igual que éste. Un marinero, y también le dejaron un cuchillo en el cogote. ¿Extraño, no? Lo lógico era que se llevaran el cuchillo.

—Los venden a centenares en cualquier choza. Con ellos comen miles de fluviales.

Se interrumpió el que hablaba para mirar hacia un surco arenoso, blanquecino. Estaban lejos las luces de los lugares habitados. Aquel trozo de charcos y dunas era llamado con propiedad «Trulafin», en el dialecto sabino-francés: «el hoyo final».

—Alguien viene.

—No son fantasmas. Es el comisario Clemens, su ayudante, y dos «primeras». Ya me lo suponía… El técnico, el lince del «bayú»: Graham Colbert.

—Puede oírte…

—El aire sopla en contra. Todavía están lejos… ¿Es que no se puede hablar del tecnicismo de Colbert?

—Es quisquilloso.

—No debe ser agradable saber, como le consta, que por todo el «bayú» le llaman Judas. Una historia desagradable…

El comisario Eustack Clemens, grueso, fornido, reposado, avanzaba con parsimonia, en su postura habitual. Asiéndose las solapas.

A su lado, el ayudante proyectaba, de vez en cuando hacia el suelo, el haz de una linterna. Atrás, los dos policías «primeras», se

mantenían a distancia reglamentaria.

El comisario Clemens apenas llegó al borde del charco, y mientras tocaba el borde de su sombrero ordenó:

—Sáquenlo, y tiéndanlo boca arriba. Usted, Laforge, vaya con mi ayudante al distrito de las Redes. Hagan las mismas gestiones que para el reciente caso. Usted, Parker, con su compañero al distrito de los Estibadores. Lo mismo. Y avisen a los angarilleros para llevar este marinero al depósito. El ayudante y los tres policías se marcharon. Sus linternas fueron moteando de repentinas aureolas espacios cada vez más alejados.

El ahogado, boca arriba, no quedaba del todo lacio. Su cabeza se erguía un poco.

—¿Y bien, Colbert? —inquirió el comisario.

El policía arrodillado acababa de ladear la cabeza al muerto. Había dado la vuelta a todos los chorreantes bolsillos.

Se incorporó. Era alto, enjuto y fibroso. La tensa piel del rostro marcaba con fuerza su osatura. Graham Colbert daba al instante la impresión de un carácter tenaz, enérgicamente decidido.

El contraste de sus negrísimos cabellos rizados, con el claro gris de sus ojos penetrantes, era muy apreciado por las románticas.

—Broddie Stevens. Era también superviviente del «*Lady* Hearts», como Marquette. Otro cuchillo vulgar, y exactamente en el mismo charco. No se ahogó, porque estaba ya muerto cuando le echaron aquí.

—¿Y bien?

—Charles Marquette no tenía un céntimo. Debía dinero por todas partes. No es pues para robarle. Éste no estaba en mejores condiciones. Le interrogué hace apenas dos días. Se encogió de hombros, y sólo me replicaba lo mismo… Vino, mujeres, alguna pelea…

—Este cuchillo dejado a posta parece como un reto, Colbert.

—O una advertencia, para otros. No tengo la menor pista.

—Usted nació en el «bayú», y tiene instinto. ¿En qué clasificación cataloga este doble crimen idéntico, en el mismo sitio, con la misma arma, contra dos marineros sin barco, sin dinero y sin amoríos sabidos, al menos Marquette?

—Trataré de contestar cuando sepa a qué atenerme.

—Si lo prefiere, otro se encargará de la investigación, Colbert.

Graham Colbert echó hacia atrás su sombrero gris, pero no replicó. El comisario Clemens se sintió incómodo.

—Puede serle un estorbo el haber nacido en el «bayú», Colbert.

—Lo que usted mande.

—Es difícil hablar con usted, Colbert. No facilita las cosas.

—No soy muy elocuente, señor comisario. Pero si me ordena investigar, sigo hasta el fin.

—Su capacidad profesional es excelente, Colbert. Posee usted un instinto excepcional, que nosotros los ciudadanos tenemos embotado. ¿Piensa que puede tratarse de una venganza vulgar?

—No creo. Tanto Marquette como Stevens, de por sí, no tenían importancia ni calidad, para inspirar venganza de «señal». En el caso de Marquette, pensé en una vulgar reyerta. Pero la repetición en un superviviente del «*Lady* Hearts», y dejándole el cuchillo para que lo recogiéramos, adquiere un carácter especial.

—Vienen los angarilleros. ¿No desea que encomiende a un compañero el asunto? Lo puede llevar Laforge.

—Usted manda, señor comisario.

—Son marineros… Hasta hoy sólo ha investigado casos ajenos a marinería mercante, aunque perteneciendo a la Fluvial…

—La noche en que fué hallado Marquette, estaba de servicio.

—Siga pues. De todos modos, deje la investigación… si le resulta molesta.

—Lo molesto es que un criminal quede sin castigo.

El comisario Clemens deseaba decir algo cordial, expresar su simpatía. No encontró las palabras adecuadas. Se limitó a decir:

—Si vuelve a la ciudad, venga conmigo.

—Salvo su orden en contrarío, prefiero ir al «Fifty-Fifty».

—Buenas noches… y suerte, amigo mío.

—Gracias, señor comisario. Buenas noches.

CAPÍTULO II

El «Fifty-Fifty» era un enorme caserón instalado en lo que podía ser considerado el límite fronterizo entre la tierra sólida al sur de la ciudad, y el principio de los terrenos pantanosos.

Decían que fué guarida del corsario Laffit, pero había centenares de caserones que se atribuían la misma gloria relativa.

Su situación era privilegiada. La fachada posterior era embarcadero navegable que unía con el núcleo principal del río. La fachada delantera daba sobre el principio de la larga calle de los noctámbulos del «Vieux Carré».

En su interior, la sala central recordaba los viejos tiempos. Marcos dorados en los profusos espejos, escenario al fondo, orquesta de fracasados maestros, mesas redondas, camareros despreciando el modernismo, y llevando delantal blanco, chaleco negro, y tiras de goma en los bíceps.

Una herradura central para los consumidores con prisa, que bebían de pie. Pero la mayor parte de concurrentes eran marineros, y el nombre del local se debía a que había dos precios: uno al contado, y otro de doble tarifa, para que el que firmaba reconocimiento de deuda sobre futura paga de enrol.

Sólo los marineros tenían derecho a beber a doble tarifa pagadera a plazo indefinible.

Los dueños del local habían sido diversos desde que la baja del algodón, había transformado aquel caserón en café-cantante.

Llevaba más de dos años siéndolo, a gusto de todos, un muy diplomático «yanqui», que procedente de Ohio, lo adquirió al ser vencido su anterior propietario por la enfermedad muy corriente del marinero viejo: el reumatismo.

No tenía nada de reumático, Jerry Robinson, sino que era un

flexible cuarentón, con ojo clínico para escoger atracciones. Nunca tomaba parte en discusiones en que invocaban su criterio.

Aludía a su origen norteño, y no quería opinar sobre «criollos», sabinos ni las demás nacionalidades que hacían de Nueva Orleans, el París del Golfo de Méjico.

Era prudente, taimado y encubría su talento con ocurrencias oportunas. Desde la herradura central, reinaba con campechanía en el pequeño ejército de camareros, jugadores y artistas a sueldo.

Trataba por igual al aristócrata, al marinero y al buscador de ocasiones. Pero los escándalos y reyertas eran pronto reprimidos, y tomaba parte activa en devolver la calma a su local.

Carilleno y sonrosado, su corpachón tenía la solidez aplomada del que confesaba haber navegado muchos ríos y mares.

No obstante, y al igual que el comisario Clemens, su aplomó vacilaba levemente, cuando en rara ocasión aparecía por el «Fifty-Fifty», un hombre.

El mismo que aquella noche, próximas a tocar las once, vino a acodarse cerca de la caja.

—Buenas noches, señor Colbert. ¿Le apetece un café de la casa, o prefiere un «armagnac» de mi cosecha?

—Estoy de servicio, Robinson.

—Los dos, los dos, señor Colbert.

—Por favor, déjese de darme el «señor», y déme un café.

Se apresuró Robinson a hacer girar la bombona de cristal, un aparato del que estaba muy ufano, porque procedía de Francia, y hacía un café digno de ser saboreado.

Graham Colbert, echándose el sombrero hacia atrás, miró hacia el escenario. Acababa de aparecer una artista con escotado, pero muy señorial vestido de noche, de rojo terciopelo.

Semejaba una llama viva, con sus rojísimos cabellos. Nadie había parado mientes en la entrada del policía, porque los violines preludiaban la aparición de Carolina Despré, la parisina de voz cálida, que daba inflexiones estremecedoras a las palabras amorosas.

Y llevaba un repertorio selecto, según constaba en el cartel. El mismo que en París había cantado en competencia con Edith Piaf, la Greco y otras grandes artistas.

Malas lenguas pretendían que Carolina Despré, había nacido en

Nueva York, y que todo lo que había visto de París, lo había valorado desde la butaca de un cine.

Pero debió tener buen profesor, o familiares franceses, porque entonó con cadencia y perfecto pronunciación la poética romanza de «Hojas muertas».

Extasiado, Robinson pasó la tacita de cristal con la negra infusión a Graham Colbert, mientras su cabeza, como muchas otras, seguía el ritmo de la obsesionante creación.

Pero de pronto su éxtasis se truncó. Acababa de recordar que Carolina Despré había inspirado un súbito amor, con el peculiar arrebato que le caracterizaba, a Fox «Siete Vidas».

Y deslizó una mirada intranquila hacia el policía. ¿Había ya visto con su proverbial ojeada de lince, el policía, a Fox…?

No lo demostraba su rostro, mientras sorbía el humeante café. Tampoco parecía dejarse llevar por el sensiblero contagio de la melodía bien cantada.

Carolina Despré dedicó varias sonrisas melancólicas, como cuadraba con la letra que cantaba, a un estrado de la izquierda.

No era un palco, pero tenía cordón rojo de reservado. Un individuo se sentaba en aquel estrado.

Chocaba la anchura desmedida de sus hombros, que no debían nada al sastre, pues llevaba una camisa de franela de cuadros grises y azules. Al cuello un pañuelo de seda gris, con lunares azules.

El negro cabello muy rizoso, era rebelde al peine. Formaba un remolino en la frente. Había algo muy atractivo en la virilidad de Fox «Siete Vidas», que hubiera servido para ilustrar las estampas de una novela dedicada a ensalzar las hazañas de un pirata caballeroso.

Tenía los rasgos audaces del aventurero y debía su apodo al hecho de que había salido ileso de muchos accidentes, casuales o provocados.

Empezaba a temprana edad su accidentada existencia, había sido grumete y se rumoreaba que había puertos en los que no podía desembarcar, porque figuraba en la lista de personajes muy solicitados por la policía.

No navegaba con asiduidad, pero siempre tenía dinero. Había dos bandos que opinaban en contrario acerca de Fox «Siete Vidas».

El que juraba que era un bribón falso, un demonio sonriente,

capaz de vender su alma y la de sus amigos. Un sujeto pendenciero, que abusaba de su elástica musculatura.

El otro partidismo no negaba que tal vez Fox «Siete Vidas» terminaría en presidio o en el patíbulo, pero que era generoso, aunque brutalmente sincero, cuando le convenía.

Carolina Despré opinaba secretamente que aquel hombretón joven en años, pero maduro en experiencias, era adorablemente temible.

Fué a él a quien dedicó sus más rendidos saludos. La mujer en la que se fijaba Fox «Siete Vidas» por horas o semanas, alcanzaba gran renombre en el «Vieux Carré».

El turno de canto terminaba, y la orquesta tenía derecho a su cuarto de hora de descanso.

Trató Robinson de ser diplomático.

—¿En qué puedo servirle, Colbert?

—Ya sé que tiene usted prisa en verme fuera… No proteste, ya que no se lo reprocho. ¿Ha visto usted al marinero Linkermann?

—¿Hans?… Me parece que debe estar en la sala de dados.

Presuroso se dispuso Robinson a acompañar a Colbert, deseoso de verle fuera de la sala central.

Dirigió una mirada furibunda hacia una mesa, donde una voz había mascullado:

—Noche de perros, compadres… Ronda Judas.

Graham Colbert permaneció indiferente, siguiendo al dueño que subió unas escaleras, y apartó una cortina.

Fox «Siete Vidas» sonreía… Relucían sus grises ojos.

—Hola, hola. No he bebido más que media de tu «armagnac», Robinson. ¿Veo visiones o este tipejo que te acompaña es el cerdo de aguas sucias llamado Graham?

—Fuera, Robinson. No le necesitamos ni él ni yo. Llevamos mucho tiempo conociéndonos. Váyase, Robinson.

El dueño retrocedió a disgusto. Era una de las excepciones en que no podía intervenir.

Graham Colbert juntó las dos manos, y resaltaron sus nudillos. Se las frotó con lento vigor. Le servía para dominarse.

—Tienes mala memoria, Graham. Juré que donde yo estuviera, uno de los dos envenenaba el aire. Fué en el muelle de los cubanos. Te fuiste con inteligente delicadeza.

—Ignoraba que estuvieras aquí, Fox.

—Ah… La ocasión es propicia. Son discretos los otros. Me has esquivado largo tiempo, Graham. Y me he jurado que bien vale correr el riesgo de estar entre rejas, si por compañía en la celda tengo la visión de tu asquerosa persona convertida en pulpa.

—Juras demasiado, Fox.

—Bien, bien… Hay hombre bajo la piel puerca. La vida es bonita. Y sólo tú la estropeas. No es difícil la solución… Te hice llegar repetidamente mi consejo. Pocas palabras. ¡Largo de mi ciudad, Judas! Y sigues en ella. ¿Qué tendré que hacer contigo, Graham?

—Olvidarte de que existo, como lo he olvidado yo, Fox.

—Abrumadora condescendencia. Tú que estás muy al corriente de las leyes y penalidades, puedes informarme. ¿Qué me querrán cobrar tus amigos y protectores, si te rompo los huesos?

—Déjame pasar, Fox. Si quieres hablarme, esperarme fuera. Estoy de servicio.

La carcajada de Fox Colbert tuvo resonancias amargas…

—Miseria… Un Colbert buscando carne humana para llevarla al matadero. ¿Qué clase de Judas eres, Graham Colbert?

El policía reflejaba la misma dureza en sus pupilas de idéntica claridad metálica, que la rebosante en los ojos de su hermano menor.

—Déjame pasar, Fox. El corredor es estrecho, y te mancharía el rozarme. Hay algo que nunca discutiré contigo… porque no me comprenderías. Me dolería…, pero te devolvería golpe por golpe, si no bastándote con despreciarme, sino bastándote con haber sido tú el que lanzó el apodo que me dan los maleantes…

—¡Y los mismos de tu puerca profesión! También ellos te consideran un Judas. Tienes la memoria muy floja, Graham… ¿No te acuerdas ya de Mark Colbert? ¿No te…?

—¡Fuera, fuera de mi camino! —imprecó entre dientes, lívido, Graham Colbert.

Había algo indefinible en su arrebato, algo trágico que hasta impresionó por unos instantes a su hermano, que se apartó, y no porque viera los dos puños en alto, una invitación a la que siempre atendía de todo corazón.

Graham Colbert avanzó con pasos sacudidos, vibrantes los

músculos. Fox Colbert se rehízo prontamente.

—Te espero. No hemos terminado de hablar.

Y Graham Colbert apartó la cortina, y penetró en la sala de dados. Había tres largas mesas. Sólo en una se jugaba.

Cinco hombres y el echador.

—Diez al cinco.

—Dejo la puesta.

—Voy a por el siete, y copo.

Uno de ellos arrugó un billete de cinco dólares y manifestó:

—Envido al bajo.

El echador sopló en su puño cerrado, y lanzó los dados contra el reborde. Sumaron ocho.

El que había colocado los cinco dólares, volvió a sacar su cartera. Se detuvo en el gesto al sorprenderle un repentino silencio.

—Hola, Linkermann. Quisiera, charlar un rato contigo.

Hans Linkermann no sacó su cartera. Miró con recelo al policía.

—Diga lo que sea.

—Aquí dentro, no. Elige tú mismo, otro sitio más discreto.

—No tengo secretos para nadie. ¿Lleva usted orden de detención o de interrogatorio?

—Estoy de mal humor, Linkermann. Y no me gusta esta casa. Éstos te reprochan el interrumpirles, el juego.

—Mejor que salgas, Linkermann —invitó el *crouppier*.

Hans Linkermann se hizo doctoral:

—Usted se cree poseído de una autoridad, pero yo conozco mis derechos. ¿A santo de qué tengo que seguirle a usted?

—En comisaría te enseñaré el papel escrito, Linkermann.

Graham Colbert adelantó una mano para coger de la solapa del chaquetón marinero al alemán.

—¿Vienes o te llevo, Linkermann?

Trató Linkermann de desprenderse de modo práctico. Embistiendo cabeza gacha, y adelantadas las musculosas manos.

Graham Colbert hizo dos cosas. Alzar la mano que empuñaba la solapa, pero cerrándola, y a la vez alzar una rodilla. El choque con la barbilla resonó, pero fué el impacto sordo el que hizo gemir a Linkermann, que encorvándose, mentó varias especies de animal.

Graham Colbert miró al que se aproximaba…

—Por ahora, con vosotros no va nada. Mejor será que os

apartéis. Vamos, Linkermann, no seas melindroso. Por atrás… Saldremos al embarcadero. Un sitio cómodo, y podrás volver a arriesgar tu dinero, si quedamos de acuerdo.

El alemán retrocedía, porque en su frente, la palma zurda de Graham Colbert empujaba con pequeños, pero secos toques.

Los cuatro restantes demostraban en silencio, que bastaba que uno de ellos se decidiera para que en masa, aniquilasen al Judas del «bayú».

Pero la mano derecha de Colbert no abandonaba el bolsillo de su gabardina.

Hans Linkermann se enderezó, respirando fatigosamente, para dar media vuelta, y atravesando la sala, internarse en el pasadizo que conducía a la galería posterior, sobre el embarcadero.

Ya fuera, comentó:

—Algún día…

—Baja, Hans. No debe oírme nadie más que tú.

El embarcadero era amplío, sobre pilotes, a los que se ataban pequeñas embarcaciones. Hans Linkermann vino a sentarse sobre una seta de hierro, en la que se enroscaban cuerdas.

El resplandor de las ventanas iluminadas del caserón, y el lunar, era lo que daba al agua y a los contornos, un halo sonrosado.

—Dispones de mucho dinero, Hans. Juegas a un golpe cinco dólares. Casi dos días de paga.

—Con mi dinero hago lo que quiero.

—Llevas semanas sin embarcar. No trabajas. Si quieres decirme de dónde has sacado este dinero, ganaremos tiempo.

—Me lo han prestado.

—¿Quién?

—Patrick Ryan.

—Es curioso lo que acabas de decir, Hans. Lo lógico es que tuvieras una mejor referencia. Pat Ryan como Charles Marquette, como Broddie Stevens y como tú, hace ya tiempo que gastaron el «doble alivio» que os dieron en el puerto, como náufragos sin armador.

—Ryan tiene familia en la costa.

—Es posible. ¿Dónde estabas tú esta noche?

—Ya lo vió usted.

—De ocho a diez.

—Cenando.

—¿Dónde, y con quién?

—En «La Puliche», con Ryan y Järrel.

—Con tu prestamista y otro de los cinco supervivientes. Porque ya no quedáis más que cinco, Hans. Entre ocho y diez, alguien colocó un cuchillo en sitio mortal de la anatomía de Broddie Stevens. ¿Qué me dijiste cuando murió Charles Marquette?

—Lo mismo que digo ahora. El de mar «muere» pocas veces en la cama cuando no tiene «ahorros».

—Cuando te pones nerviosos, redoblas el tambor germánico, Hans.

—Usted tiene sangre de pez, pero yo no. Marquette y Broddie eran compañeros míos.

—Razón de más para que hables a tiempo. Tú eres de la clase que no atiende a razones, Hans. Ponte en pie…

—Espere un momento. ¿Por qué la toma conmigo?

—Porque tengo el pálpito que sabes mucho y lo callas.

—Naufragamos siete…

—Y quedáis cinco. ¡Vamos, habla!

—Un momento… —dijo, encogiéndose en su incómodo asiento, el marinero alemán—. Hable con Pat Ryan. Reúna a los otros. Y verá como somos los primeros en condolernos…

—Iré después. Has pagado todo lo que debías. Fonda, ropa limpia, tabaco, a Robinson, y te sobran los billetes para los dados, a cinco la tirada. ¿Pretenderás hacerme creer que te lo prestó Ryan?

—Ryan le dirá de dónde saca sus billetes. No puedo decir más, y no quiero… no quiero que vuelva a tocarme.

Hans Linkermann adoptó la clásica postura del marinero fluvial. Un ejercicio que técnicamente aprendían desde grumetes. «Empalmar».

Habíase levantado, y, dando un paso de costado, algo encorvado, el brazo derecho presentaba con la palma, arriba un cuchillo abierto…

—Eres idiota, Hans. Tienes razón sin proponértelo. Ryan me dirá de dónde sacó el dinero, si es que te lo prestó. Cierra el abrelatas, idiota. Cuanto antes cante uno de vosotros, más pronto dejaréis de verme. ¿Dónde puedes encontrar a Ryan ahora?

—Se quedó en «La Puliche».

—Coge el bote blanco. Es de Robinson, y no protestará. Yo primero.

Una escalera vertical daba acceso al estrecho pasaje de bloques, que en espigón avanzaba unos quince metros, alineándose a su protección pequeñas embarcaciones de remo y motor.

Descendió Graham Colbert. Tocaba ya el suelo, cuando vió la primera sombra surgir cerca de él. En el obscuro rellano, entenebrecido por la plataforma superior se removieron varias sombras, hasta entonces ocultas bajo el embarcadero.

Dos puños alcanzaron de lleno en el estómago y cara de Graham Colbert. Asestó a su vez puñetazos y rodillazos, pero sus mudos agresores, tenían la ventaja de estar acostumbrados en la espera a la obscuridad.

Se vió rodeado por cuatro masas compactas que golpeaban con saña. Cayó de rodillas, al recibir un impacto contundente en la sien. Lo identificó como procediendo de una matraca.

Fué su última sensación perceptiva. La brutal paliza se prolongó un instante, con puntapiés en los costados. Varias botas empujaron, y el cuerpo sin sentido de Graham Colbert cayó al agua.

—¡A escape! ¡La Fluvial! —gritó uno de los agresores.

Un foco barriendo el agua acudía hacia el embarcadero; el ruido del motor precedía a la larga lancha de servicio.

Las cuatro sombras se desvanecieron bajo los pilotes. En lo alto del embarcadero, Hans Linkermann permaneció titubeante. Si huía, Graham Colbert lo denunciaría… Pero Graham Colbert podía estar muerto.

Echó a correr hacia el muro, que escaló con rapidez de simio. El foco barrió la fachada posterior, para volver a ras de agua.

Un sombrero flotaba, y dos minutos después extraían dos agentes el cuerpo chorreante de Graham Colbert. Desembarcaron dos agentes, y los demás, mientras practicaban la respiración artificial, apremiaron al piloto para que a toda velocidad, amarrase frente a la escalinata de la Clínica Policial.

Capítulo III

—Todo pasó, Colbert. Le pescaron a tiempo. Le tengo muy repetido que no debe ir solo. ¿Me oye, Colbert?

Graham Colbert asintió. Estaba sentado en la cama de su propia alcoba, en el pequeño ático estudio que habitaba en el barrio nuevo, al Norte de la ciudad.

Un vendaje rodeaba sus sienes, cubriéndole ojos y nuca. La mercromina teñía de rojo varias grietas en los labios y mandíbulas.

—Le oigo, señor comisario. ¿Qué me pasa en los ojos?

—Le dieron una paliza inhumana, con matracas. Ha estado conmocionado.

—¿Qué me pasa en los ojos?

—Lesiones en los párpados y dilatación orbital. Nada de importancia, pero deberá estar unos días a obscuras. ¿Vio a los que le golpearon?

—No.

—¿Con quién salió del «Fifty-Fifty»?

—Con Hans Linkermann, pero le dejé arriba del embarcadero. No tuvo arte ni parte.

—Laforge sigue su investigación, Colbert. ¿Averiguó algo?

—Nada en absoluto.

—¿Para qué interrogó a Linkermann?

—Rutina. No creo que sepa nada.

—Tengo que irme, pero si necesita algo, tiene al alcance de su voz a Sor Batista. Vendré a verle mañana.

El comisario Clemens abandonó la alcoba. Graham Colbert aguardó unos instantes, alzando después las manos hacia el vendaje.

—Quieto, «mon fils». Esto es incumbencia del doctor. Me

conoces, ¿no, Graham?

—Una de las monjas, ¿no?

—Sor Batista.

—Ya he oído de usted. Es la que endulza las malas píldoras. ¿Qué les pasa a mis ojos?

—Un nervio óptico algo lesionado, «mon fils». Tendrás que resignarte durante algún tiempo a llevar el vendaje…

—Una monja no debe mentir ni por caridad. ¿Es que creen usted y el comisario que es caritativo engañarme? Me duelen las sienes, y tengo… ¡Dios!

Un brusco sollozo arañó la garganta del policía. Recordó algo que había oído en un momento de lucidez, entre el delirio. Una voz áspera, profesional, de médico…

«—No hay nada operable. Es simplemente una ablación por choque reiterado sobre los nervios ópticos. Este hombre está ciego…».

—«Este hombre está ciego… Este hombre está ciego…».

La monja acudió al método apropiado para la legendaria mentalidad de los Colbert.

—Entereza, «mon fils». El valor se demuestra ante la adversidad. No debes abatirte. La fe…

—¡Fuera, hermana! ¡Salga! No es… ¡Estoy ciego!

Reinó el silencio. Graham Colbert dando vuelta sobre sí mismo, mordía la almohada.

Sentada cerca de la cabecera Sor Batista, hacía rodar las gruesas, cuentas de su negro rosario. Tenía bien presente cuanto le había dicho el comisario Clemens:

«—Vigílelo. Intentará suicidarse. Debe inculcarle fe. Ya conoce su historia: Es hijo de Mark Colbert, el pistolero que al pretender escapar, fue muerto a tiros por la policía. Tenía él, entonces, quince años, y su hermano estaba ausente. Lo acogimos en el orfelinato y centro educador de la policía. En la Brigada Fluvial. No tiene una sola amistad. Vigílelo, y sólo usted es capaz de darle valor… Todo un problema de responsabilidad, Sor Batista».

Graham Colbert dió bruscos tirones, y no hizo nada por evitarlo la monja. Estrujó entre las manos el vendaje. Los párpados azulados, se cicatrizaban.

Las grises pupilas tenían una fijeza hipnótica. Graham Colbert

sólo veía un denso horizonte negro.

Tiró el vendaje lejos… Su diestra tanteó, hasta tocar el mármol de la mesita. Se incorporó y colgantes las piernas, pareció olfatear.

En pie, extendidos los brazos avanzó. El ventanal daba a una pequeña terraza, y desde ella se contemplaba la ciudad. Una altura de tres pisos…

Oyó cerrarse el ventanal. Una mano se apoyó en su hombro.

—Deberías comer algo «mon fils».

—Sí. Tráigame cualquier cosa, hermana.

—Llamaré al portero, por tu teléfono, «mon fils».

—Ya comprendo… Está usted de guardiana. La voy a insultar si no se larga, bruja…

—Es tu derecho desfogarte, pero te sentará mejor el ir pensando que sólo los cobardes se dan muerte. No pretendo invocar la ley divina, «mon fils». Te hablaré como te hablaría tu madre…

—¿Qué… demonios… sabe usted de esto?

Ella apoyó su otra mano, sobre los hombros, y Graham Colbert quedó sentado.

—Antes de fraile fui cocinero, «mon fils». Tú me recuerdas bien. Alta, flaca, más fea que un día sin pan, y con sesenta primaveras, «mon fils».

—Cállese, Sor Batista. Le pido perdón por haber sido grosero. Pero estaré mejor a solas.

—Lo estás. Te hablaré sólo cuando me lo pidas. De momento, un caldo de gallina, un poco de jamón trufado…

—¡Cállese!

Graham Colbert golpeó con sus puños sus sienes. Algo quemaba sus pómulos. Toda su cara le dolía.

—¿Por qué no me soportas unos días tan sólo, «mon fils»?

—Sea.

Dos días después, Sor Batista fué relevada por otra monja. Ella informó en el vestíbulo de entrada al comisario Clemens:

—No ha vuelto a abrir los labios desde que me dijo «sea». Come, hace ver que duerme, pero apenas se quede soló, cometerá una acción irreparable.

El comisario Clemens despidió a la monja con un gesto, y fué a ver al agente.

—Hola Colbert. Parece ser que está usted deprimido, y me

pasaría lo mismo. Pero usted no es un inútil. Hay…

—Gracias, señor comisario. Iré acostumbrándome a la idea de vivir a obscuras.

—Puede aprender un oficio…

—En efecto. Vendedor de lotería en una esquina soleada.

—Me disgusta su poca entereza. Usted era el mejor de mis agentes. El más valiente. Percibirá la paga entera. Hay algo llamado vida interior, Graham Colbert.

—Nacimos muy brutos los Colbert. No somos refinados. Pero lo intentaré, señor.

Clemens agitó la cabeza, contrariado. Dijo:

—Cuando esté plenamente restablecido, una enfermera le readaptará a su nuevo estado.

—Sí, señor comisario.

Eustack Clemens apartó la vista de aquellos ojos claros, sin visión. Había la misma trágica impronta en aquel enjuto ser, que sentado, daba impresión de un muelle tenso.

—Tenga valor, Colbert.

—Sí, señor comisario.

Clemens, en el vestíbulo, dijo:

—Siga con él, Sor Batista. Lo que usted no consiga… sólo Dios lo remediará.

El día doceavo de su convalecencia, seguía en pie la consigna exigida por Graham Colbert. No quería recibir ninguna visita de colegas. El comisario Clemens era la excepción. Informó que no se tenía la menor pista del autor o autores de las muertes idénticas de Charles Marquette y Broddie Stevens.

—¿Quién está ahí?

—El comisario se ha ido ya, Graham.

—Me parecía que había alguien más.

—He abierto la ventana, y entran rumores de la calle, Graham. Ya no me tienes rencor, ¿verdad?

—Usted es una buena mujer, y pronto volverá a su hospital. Nunca le he tenido rencor.

—Entonces, dime: ¿por qué apenas te quedes solo intentarás… renunciar a vivir valientemente?

—No diga tonterías. Ya me he acostumbrado a ser un ciego.

—Mientes mal, Graham. Eres fuerte. Joven. Podrás encontrar

esposa.

—Una compasiva alma de Dios. Pero ¿es que está usted ciega, Sor Batista? Yo arrostré desprecios ocultos, yo viví con un solo deseo. No ser como mi padre.

—¿Es que te avergüenzas de quien te dio el ser?

—Nunca me avergoncé de él. Si mató lo hizo de frente, y murió de frente, escapando, pero sin dar la espalda. Sabía que iba a morir, y no se arredró. Pero en el orfelinato conocí… a los hijos de los que él mató. Mi hermano y yo éramos huérfanos, y yo me juré que dedicaría mi vida entera a evitar que… hubiera tanto huérfano. No me dolía que mis colegas entre sí hablaran del «hijo de Mark Colbert». Tampoco me dolía que los del «bayú» me apodaran Judas… Yo sabía que algún día, no sé cómo, algún día… él sabría por qué elegí ser policía.

—¿Él? —inquirió, suavemente, Sor Batista.

—Mi hermano Fox. Un matón sin maldad. Un perillán… Y ya no puedo evitar lo que me propuse. Acabará mal…

—¿Qué te proponías, «mon fils»?

Una risa sarcásticamente amarga crispó el tenso rostro del ciego.

—Ser el Judas. Cuando él resbalase irremediablemente, irme con él lejos. Hubiera comprendido… porque le constaba que para mí, ser policía, era como… como para usted ser monja. Un sacerdocio, y sin embargo, a gusto hubiera sido Judas, porque él no es malo… Se cree sólo obligado a ser el «hijo de Mark Colbert».

—¿Por qué no llamas a tu hermano, Graham?

—¿Llamarle yo… ahora? Él tiene su imbécil orgullo, y yo el mío.

—Hace dos días que viene a las tres en punto. Quiere verte.

—¡Yo no quiero verle!… ¿Se da cuenta? He dicho que no quiero verle, como sí pudiera… ¡Mándele al diablo! ¡Que se pudra, que acabe como ha elegido! No necesito compasión ni hipocresía…

—Son las tres menos dos minutos, Graham.

—Mándele al infierno, y dígale que puede… No le diga nada. Simplemente que no quiero ver a nadie.

—Es tu hermano.

—Tal vez hubiéramos podido serlo, antes. Ahora, no quiero que me vea hecho un inútil, un mentecato que hasta para comer tiene que pensárselo.

Sor Batista abandonó la habitación. Al extremo final junto a la

puerta, sentado, Fox Colbert miraba con fijeza al ciego.

Pasaron unos instantes… Fox Colbert se deslizó silenciosamente fuera de la habitación.

Tosió fuera y húmedas las mejillas y pestañas, gritó:

—Usted no es nadie para impedirme que vea a ese cabezota.

Abrió procurando hacer ruido, y entrando de nuevo, saludó:

—Hola, Graham.

—¡Largo de aquí! ¡Fuera! —Eyaculó, temblorosos los labios, Graham Colbert, poniéndose en pie.

—Eso es. Ya lo está oyendo, Sor. Mi hermano le ruega, cortésmente que se ausente, que se esfume, que se evapore. Eso es.

Cerró la puerta Fox Colbert, inquieto. Graham Colbert se desplomó en su sillón.

—He traído mi saco. Cuando me dijeron que estabas entre monjas, dije que sólo los viejos y los enfermos lo pueden tolerar, pero no un Colbert.

—¿Desde cuándo soy un Colbert?

—Desde que nacimos.

—Te escucharé cuanto quieras decir, Fox… Después, sigue tu camino. No me hacen falta compasiones.

—Ni las doy.

Graham Colbert tanteó hasta encontrar su pitillera. Fox Colbert iba a ayudarle, pero recordó lo que había decidido.

—Anteayer le rompí la nariz a Chester, «el Morrudo». Ya lo conoces, es el que presumía de levantar un barril de cien, cuatro veces en un minuto.

Graham Colbert conectó los dos índices, hasta que la llamita del mechero prendió en el extremo del cigarrillo.

—Ayer le rompí la nariz a Pétion. Ya lo conoces, es el albino que tiene la forja para despistar.

—Me encanta oírte, Fox. Siempre tan trabajador.

—No me encantó lo que decían. Decían que eres un cobarde gallina que te has achicado. Que te ibas a tirar desde tu terraza, porque te daba miedo salir a la calle. ¿Miedo un Colbert? Dije yo. Y arremetí. Tardarán tiempo en hablar normalmente.

—Chester «el Morrudo», y Pétion, eran de tu banda. Te ayudaban a contrabandear, ¿no?

—Han quedado fuera de mis amistades.

—Vuelve a lo tuyo, Fox. Esa gente te aprecia… si no sigues rompiendo narices porque digan lo que es verdad.

—¿Lo que es verdad? ¿Tú, mi hermano, tú, con canguelo?

—Eres bruto y no tienes arreglo. ¡Es que no ves mis ojos, bestia! ¿Es que no… quieres comprenderlo?

—Son del color de los míos, ¿no? A nosotros no nos sientan los besuqueos ni las ternezas, porque somos muy animales, y a mucha honra, pero aquí estoy; entre los dos vamos a dar mucha guerra, Graham.

—Me agrada que hayas venido, Fox. Y ahora, largo de aquí.

—Ya me voy, pero antes hemos de aclarar un punto. ¿Me echas de tu casa, no? ¿No quieres tratos conmigo, eh?

—No te echo, Fox. Tú, al saber que yo estaba… así, sentiste pena, y eso es todo. Te lo agradezco, y nos vamos a despedir. No te echo, y vendrás cuando quieras.

—Necesitamos el uno del otro, Graham.

—¿De qué me necesitas?

—Tengo que encontrar a unos cuantos marranos, y a solas no puedo. Tú siempre fuiste el listo de los dos. Yo pego a modo, pero nada más. Y necesito encontrar a unos cuantos marranos, pero no sé dónde están ni cómo hay que hacer para encontrarlos.

—¿Qué te hicieron? ¿Te han robado? Tienen cien años de perdón.

—No hay perdón para cochinos cobardes asesinos, conque no le des vueltas. Me enteré por Linkermann antes de que lo encontraran a flote con un cuchillo en La nuca.

—¿También él?

—Hablé con Linkermann, como te digo, antes de que le mataran. Le tuve que meter un poco el puño entre cejas, pero poco… Me dijo que andabas buscando a los que mataron a Marquette y a Stevens.

—No vi ni sé quiénes fueron los que me dejaron hecho la piltrafa que soy.

—Piltrafa ellos cuando les metamos mano, Graham. Y a esto he venido. Tengo mi prestigio por el «bayú». Y tú eres el cerebro de los Colbert.

—¿Mi lazarillo, Fox?

—Me da asco verte tan arrugado, tan contento de sentir pena de ti mismo.

—Es fácil hablarme así.

—¿Por qué? ¿Porque te veo y tú no puedes verme? ¿Es que mis ojos no son marca Colbert?

Una triste sonrisa se esbozó en los labios del ciego.

—Si hubiera pasado al revés y vengo yo… me hubieras mandado al infierno.

—Lo que hiciste, pero después reflexionando, pues eso: Aquí estoy y vamos a ponernos al trabajo.

—Sería patético, Fox. Muy romántico… Yo apoyado en tu hombro.

—No seas bestia, hermano. Tu boca dice una cosa, y tus ojos dicen otra. Hablan tus ojos, Graham… porque lloran a gusto. Fíjate bien… Tú me orientas, y cuando encontremos los que te cogieron de sorpresa cobardemente, tal vez le haya yo cogido gusto a esto de ser buscador de marranos. Tú el cerebro, y yo el perro husmeando. Dos polis… ¿te das cuenta?

Graham Colbert se dió un manotazo en revés sobre los ojos. Dijo:

—Ha sido el humo. ¿Qué hay de comer un poco?

—A ello. Se me olvidaba. Con las maletas traje a Carolina.

Graham Colbert sentía un calor intimó invadiendo sus venas. Ya no estaba solo…

Gruñó como muchos años antes acostumbraba:

—No tienes sentido de las cosas, Fox. ¿Es que te propones alojarte aquí con la cantante parisina?



Patrick Ryan, se abalanzó contra Fox Colbert…

—Ella, y la monja, que es una señora excelente, se habrán ya puesto de acuerdo. Carolina sabe cocinar que es un primor. Nos guisoteará… Además de tocar el piano y cantar, sirve para cosas más prácticas. Ha traído su hornillo eléctrico.

—Entonces… ¿dabas ya por seguro que yo… que me convencerías?

—Daba por seguro que es falso que seas un cobarde.

Batió palmas Fox Colbert. Por dos veces. Comentó:

—Está bien educada, verás. No es una cotorra. Éste es mi hermano, Carolina. Tiene hambre y yo también. Invita a la Sor. Es una señora muy comprensiva.

Se oyó el repiqueteo de los tacones alejándose. Después, el deslizar de unos zapatos sandalias, de tacón bajo.

Una mano se apoyó en la mejilla de Graham Colbert.

—Nos volveremos a ver, «mon fils». Estás en la única compañía… que te salvará. Rezaré por vosotros. Y usted, Fox… el día que sea menos escandaloso, bendeciré el santo nombre de Dios.

—Lo intentaré, Sor, lo intentaré. Pero así, de golpe y porrazo…

Desgranó la anciana monja juvenil risa de sana alegría.

—No hay maldad en vosotros, hermanos Colbert. Dios os bendiga.

—Y a usted, Sor. Aunque no hace falta. Usted es una bendita. ¿No se queda a comer?

—Me esperan en el hospital. Me alegra de veros juntos. Adiós.

Al cabo de unos instantes, preguntó Graham Colbert:

—¿Estaba en el mismo hoyo?

—¡Sopla! ¿Qué hoyo?

—Hans Linkermann.

—Eso dicen. En el mismo sitio que los otros dos.

—Escucha. Eran siete los que se salvaron del naufragio del «*Lady* Hearts». Quedan cuatro: Patrick Ryan, Elmer Carson, Archer Lloyd y Gosta Järrel. Necesito hablar con Pat Ryan.

—Apenas llenemos la cala, andando. ¿Dónde se aloja ese Ryan?

—En «La Puliche» —dijo, desde la vecina habitación, Carolina Despré.

—Esta chica es prodigiosa. ¿Conoces a Pat Ryan, mi vida?

—Sí, Fox.

—Después planearemos el traerlo aquí, para invitarle a una copa. ¿De qué conoces a Ryan, tormento?

—Estaba en el «Fifty» la noche en que tu hermano fué a la sala de dados a interrogar a Linkermann.

—¿No te dije? Sirve para todo esta maravilla, tanto es así, que llevamos ya no sé que tiempo arrullándonos.

—Diecisiete días, Fox.

Rió Graham Colbert, y su hermano se frotó el cuello

vigorosamente, indicio de su íntimo contento.

—La felicito, señorita Despré, porque hasta ahora mi hermano nunca, tuvo amor que durara más de una semana. Debe usted poseer muchas cualidades. ¿Y conoce usted por casualidad a Elmer Carson?

—Él, Lloyd y Järrel, se alojan también en «La Puliche». Tengo allí una amiga. ¿Cómo quiere los huevos, Graham?

—Calentitos y de prisa, cariño —contestó Fox—. Hay que trabajar. Me empieza a gustar la idea, Graham… Tú el cerebro, y yo el elemento actuante. ¿Crees que pueda ser Ryan uno de los que esperaba allá abajo del embarcadero, Carolina?

—Puede ser, porque dice Robinson, que apenas tu hermano Graham salió hacia los dados, y él volvía, le vió abandonar el local. He preparado unos filetes de anchoas, y canapés de fuagrás, Graham. Le gustarán.

—Y a mí que me parta un rayo, ¿no? Trae ya lo que sea, y no nos tientes más desde lejos. Estás preciosa con este delantalito, Carolina. Un palmo de tela, pero bien administrado. Esta misma mesa servirá.

Graham Colbert afrontó lo que rehuían ella y su hermano.

—Yo cojo el tenedor, y basta que tú me lleves la mano para situar mi primer contacto, Fox. Después, ya acierto.

—A ello.

Avanzó el busto por encima de la mesita, y su ancha mano cogió la diestra que rodeaba el mango de un tenedor.

—Hace calor. Abre la ventana, Carolina. Hace calor…

Soltó la mano de Graham, que con la otra tocó el borde de su plato.

El tenedor pinchó, pero al alzarlo, cayó en el plato el trozo de pan tostado en que se cruzaban anchoas.

Fox Colbert dirigió una mirada poco amable a la que se precipitaba para asir la mano del ciego.

—A la cocina, señora. Urgen platos de más enjundia. Entonces, ¿empezaremos con Pat Ryan?

—Me dirá si prestó dinero a Linkermann. He estado pensando en este asunto… Llegaron a tierra en un bote que quedó casi destrozado. Y… Bueno, ahora comemos. Después, trabajaremos. Excelente cocinera, Carolina. Mi hermano sabe elegir, y esperemos

que esta vez será definitivo. Es curioso, pero… tengo un hambre atroz.

—Ídem. Este vino sabe mejor al gollete. Ahí va el frasco.

Sentimental, Carolina Despré se secaba de vez en cuando los ojos con el diminuto delantal. Aquellos dos hombres comiendo el uno frente al otro, compendiaban el pudor viril refractario, a exteriorizar sus sentimientos…

Pero de vez en cuando, y sin razón aparente, uno de los dos reía. Y el otro, le imitaba con deleite.

CAPÍTULO IV

«La Puliche» tenía fama de ser un local completo. Lo bastante cerca del Canal Street, el centro comercial, para efectuar compras. Lo bastante alejado para no oír su tráfico, y extasiarse en la plácida fluidez del Mississippi describiendo el anillo final de su «S» antes de perderse en el «bayú», y dejar atrás la ciudad Media-Luna.

En la planta baja del edificio haciendo esquina con la Plaza Beauregard, había un acceso en rampa para coches, ascensores para los huéspedes, y a cada lado, un restorán con música, y uno con atracciones.

Los cinco pisos restantes formaban el hotel «La Puliche».

En el restorán con atracciones, no estaba reservado el derecho de admisión a los que empleaban su galería lateral, para acomodarse en el bar anexo.

Un bar con atracciones menos refinadas que en el restorán, y donde el público podía elegir entre el patio de butacas, frente al escenario, o los palcos laterales en dos pisos.

La decoración y atracciones obedecían a preferente inspiración francesa, porque era el propietario un parisino, a quien todos llamaban *Baronet*.

Pocos eran los que conocían su nombre y apellidos, ni les importaba. A partir de las cinco, en que el telón se descorría, hasta las siete en que las artistas, aceptaban o negaban invitaciones a bailar en la pista surgida en el patio de butacas, al ser retiradas éstas, para alinearse junto a las paredes laterales, el local albergaba diversas categorías de espectadores.

De cinco a siete, estudiantes haciendo novillos, rentistas pacíficos, marineros alborotadores y familiares más o menos cercanos a los artistas.

A las siete, al correrse el telón, íbanse los pacíficos, y permanecían sólo los marineros.

La «población flotante» era un núcleo importante en la ciudad y un beneficio constante en las cajas registradoras de *Baronet*.

A las cinco y veinte minutos, una pizarra apareció en una esquina del escenario. Escrito a tiza, anunciaba:

«Maribel. No volveré a amar».

Los asiduos sabían que significaba que una artista llamada Maribel destrocaría o ejecutaría una canción titulada como indicaba la pizarra.

El piano atacó con brío, para acallar comentarios alusivos al cansancio natural de Maribel.

Dos violines arpegiaron suavemente, y el del *jazz*, se sintió entusiasmado, o al menos lo acreditó su violento mazazo en el tambor.

Maribel apareció.

Resultaba improcedente colocarla de «telonera», porque le hubiera bastado permanecer quieta, cerrada la boca, para que entre los espectadores alentara el silencio de gran elocuencia varonil.

Vestía un honestísimo traje de noche, azul obscuro, cerrado hasta la garganta. Sólo tenía desnudos los brazos.

Acostumbrados a mucha menos ropa, los espectadores, en otra ocasión, hubieran protestado. Siguieron en silencio. Nadie silbó en largo resoplido admirativo.

Maribel avanzó con el aplomo de la que está acostumbrada a recibir más rendidos homenajes. El pianista repitió, sin impaciencia, el compás de ataque.

Hastiado, solía mirar pocas veces a las que desfilaban. Tenía los ojos sabiamente entornados, detallando la armonía estructural de la que no era una escultura ni podía ser calificada de bonita.

Era indefinible la fascinación de Maribel. ¿Residía en sus undosos cabellos cobrizos, donde apuntaba un fulgor de rojo? ¿En su boca ancha, delineada morbosamente? ¿En su ojos de enigmático color, en que el verde y el azul rivalizaban? ¿O era en su delgadez, que se quebraba ampulosa en busto y caderas?

No podía ser más pudorosa su actitud. Lacios los brazos, como si estuviera abrumada secretamente ante su poder fascinante.

Y cantó unas frases henchidas de romanticismo arcaico, sin moverse. Desde su palco, Fox Colbert pensó que Maribel debía tener un maestro inteligente, o lo era. Porque cuando su extática actitud y su canción llorona, podían provocar burlas en los que iban saliendo del ensimismamiento de su aparición, Maribel cambió de estilo.

Fue primero un leve contoneo, después sus brazos se alzaron, y una mano de largos dedos despeinó una onda…

La letra varió. Donde antes eran dulzonas quejas, había ahora volcánica rebeldía…

No quería volver a amar, rechazaba amores, y su desdén lo demostró volviendo la espalda, enteramente desprovista de tela, hasta el estrecho talle.

Los pacíficos rentistas corearon con el mismo entusiasmo que estudiantes y marineros, el saludo breve con el que Maribel finalizó su actuación.

Sonrió, y encogiéndose de hombros, abandonó el escenario. Duraba aún el inútil reclamo de su retorno al tablado, y pagó las culpas la que fué anunciada en la pizarra:

«Mimi. Soy la pasión».

Fox Colbert, que había denegado ya beber champaña y disfrutar a cambio de la compañía de una Eva, cambió de parecer. Ya no replicó: «Circule, señora, o llamo a un guardia». Contestó finamente a la muda aparición de una rubita incitante:

—Soy todo tuyo, Joan.

—Me llamo Andrea. ¡Mozo! Una copa limpia para mí.

—Y la consabida ración de espumoso, mozo. Al trote. Vamos a hacer cálculos, Andrea.

—No tengo más de veinte años, aunque no lo creas.

—No me refería a tu edad, sino a tus capacidades matemáticas. Va bien, mozo. Te guardas el resto para ti, pero te lo quito si vuelves a asomarte. ¿Cuántos hacen dos y cinco, Andrea?

—Vaya… Estás gracioso, ¿eh? Siete.

—Dos del descorche de cuatro botellas, que te doy, más cinco que te daré también en mano, si consigues que Maribel venga a sentarse aquí donde estás tú.

—Imposible. No sé qué tiene esa chica… Pero no acepta invitaciones; esto sí que lo sé.

—Por eso te ofrezco cinco. Y hasta te voy a ayudar. Vete a verla y le dices que no soy un fatuo, sino un empresario.

—Tú tienes de empresario, lo que yo de…

—Corramos un tupido velo. No hay nada de lo dicho. Bebe una copa, y líbrate de mi presencia.

Del palco vecino una cabeza asomó, chillando:

—¡Ojito con ése, Andrea! Es Fox, el terror de las damas.

Desapareció la cabeza, y se oyeron risas femeninas. Andrea miró con menos profesionalismo al que desde el momento en que había pedido una botella de champaña, no era un hombre, sino que representaba una moneda de medio dólar.

—Un guapo descarado, ¿no? Te conoce Lydia.

—Ya has bebido, encanto. No abuses de mi galantería.

—Dame los dos prometidos, y voy en busca de los cinco. ¿De dónde le digo que eres empresario?

—Del mejor *cabaret* que recuerdes. Si vienes con ella, encontrarás este billete en el desgarrón de aquella silla.

—No tiene desgarrón, que yo vea —replicó ella, yendo hacia la puerta.

—Lo va a tener —dijo Fox, levantándose y desgarrando un lado del asiento.

En el escenario, una mulata afirmaba a grito pelado que estaba cansada y en cambio lo denegaba con todo el cuerpo.

Fox Colbert lucía su ropaje que llamaba de «ceremonia». Traje cruzado gris, camisa granate, cuello abierto, y sin calcetines, zapatos de legítimo tafilete, a medida.

Andrea, reapareciendo, se inclinó como si quitara el polvo de la silla más cercana a la puerta.

Maribel avanzó. Llevaba el mismo color de vestido, pero de falda normal. También cerrada la seda hasta la garganta, por un broche. El muy estrecho talle era ceñido por negro charol, como sus pies.

—¿Usted es el empresario del «Cocoanuts Groce»?

—Representante, nada más. Un caza personalidades.

—Ah…

—¿Quiere sentarse?

—No hay inconveniente. No bebo, gracias… No fumo, gracias.

—Los pequeños vicios no encajan en su gran personalidad. Me

llamo Fox. Tanto gusto, aunque es mío. Tengo fatiguitas de ver mujeres, y no me equivoco al suponer que está usted hastiada de oírselo decir.

—Según… —dijo ella, siempre serio el semblante— según qué, cómo y por quién.

—La plebe dejó de relinchar cuando usted apareció. La plebe aullaba cabalgando en sus asientos, cuando usted se marchó. Demuestra que tiene usted espíritu sensual, efluvio de sentidos y aroma de espíritu.

—Acepto un cigarrillo, gracias. Beberé una copa, gracias.

—A usted.

Mojó ella los labios en el champaña, y al encender su cigarrillo mantuvo los ojos en Fox Colbert.

—Muy claros sus ojos, Fox.

—¿Le dicen algo?

—Que usted no es representante de un empresario.

—¿Es que los representantes tienen ojos miopes y negros?

—Me hizo casi gracia su definición del público y de mi espíritu. ¿Qué más adivina usted en mí?

—Que no hay en toda la ciudad, contornos y extranjero, ningún hombre digno de ser su novio.

—Algo dura la frase para el que lo es.

—Las verdades son duras.

—Puede decir verdades un hércules como usted. Pero mi novio lo es, precisamente, porque es muy hombre.

—Lo era, hasta que yo he llegado.

—Me lo supuse…

—¿El qué?

—Usted tendrá, como dice, fatiguitas de ver mujeres, y yo me precio de reconocer a un matón apenas lo miro. Y es usted peligroso, porque no me ofende.

—Soy puro almíbar con las señoras como usted.

—Gracias.

—No hay de qué. Más vale una bella mentira que una fea verdad.

—Imbécil… —murmuró ella, pero sus ojos sonreían—. Ya lo sé que no soy una señora. Lo que usted no sabe es que mi novio no quiere que acepte invitaciones de nadie.

—¿Por qué, entonces, no la mete en un estuche?

—Tengo un contrato con *Baronet*.

—Poco vale su novio, cuando no rompe el contrato, y alfombra de billetes su camino.

—Dígaselo…

El pulgar de Maribel señalaba hacia la puerta.

Un individuo alto y ancho, de crespo cabello y estrecha frente, vestido de sarga azul, abierta la camisa a cuadros, mostrando el velloso pacho, y la blanca camiseta, miró en silencio a Fox Colbert.

—Es mi novio —aclaró.

—Tanto gusto, marino —dijo Fox.

—No debes aceptar invitaciones, Maribel. ¿Estamos? —Silabeó, desde la puerta, Patrick Ryan.

—Ella es sensible a los buenos modales, marino. Por esto está aquí, y no acabo de entender por qué usted no se decide a entrar o a largarse.

Patrick Ryan entró. Maribel, sin nerviosismo y tranquilamente, advirtió:

—Por una vez no seas irlandés, Pat. Este caballero se llama Fox, y ya estáis presentados.

El marino irlandés, permaneció en pie.

—Vamos, Maribel.

—No me gusta tu actitud, Pat. No hay razón para que te comportes así. Bebe una copa, siéntate, y nos iremos, sin camorra ni malos modos.

Patrick Ryan se sentó al lado de ella. Fox Colbert había jurado no ser como acostumbraba, sino cortés. Pero la idea de que aquel hombretón, podía ser uno de los cuatro que cobardemente golpeó a su hermano, le repicaba en las sienes.

—Lo dicho, dicho queda, Maribel. Habiendo caballeros gentiles y bien educados como yo, ¿cómo se le ocurrió dejarse avasallar por este gorila de pasta blanda?

—Quieto, Pat. ¿No ves que busca camorra? ¡Quieto!… o te olvidas de mí si no sueltas la botella.

—No se coge por el cuello, gorila. Hay que ser más fino. Se coge por el casco. Su novio es nervioso, Maribel. Quiso servirse una copa, y parecía que iba a tratar de estamparme el vidrio en mi hermosa cara. Avergüéncese, por dejarse avasallar por este grosero sujeto.

Patrick Ryan agarrotó los músculos del cuello. Maribel insinuó:

—Ahora, si quieres, podemos irnos, Pat.

—Eso es, Pat. Hazle caso a tu dueña. Eres de los que llevan oculto bajo la piel el collar de perrito.

Patrick Ryan exhaló a fondo su respiración. Asió una copa y bebió, observado fijamente por Colbert.

Depositó la copa con ruido, y habló con fingida calma:

—Ya te he calado. Estás buscando bronca.

—¡Caray, pero qué talentudo es el chico! No me dijo que era tan inteligente este marino de agua dulce.

—¿Por qué busca pelea, Fox?

—Por una sonrisa de tus labios al vencedor, por un destello de tus turbios ojos venenosos, y además porque me da pálpito que me ha de gustar horrores oírle crujir la nariz, a este matón.

—¿Se puede saber por qué me buscas, tú?

—A ti, no. A ella.

Maribel se levantó.

—Vámonos, Pat —insistió imperiosa.

—Vete —gruñó el marinero irlandés.

—¿Y por qué no nos vamos los tres? La calle es ancha para correr, Pat.

—No quiero molestar al *Baronet*. Tú lo has dicho, pedazo de carnaza, la calle es ancha.

—Pero la puerta es estrecha. Tú, primero, cacho de ballena anémica.

Salió Ryan, y tras él Colbert. En el corredor, Maribel se encogió de hombros, con el mismo gesto con que abandonaba el escenario.

Patrick Ryan bajó apresuradamente las escaleras, apartó a manotazos la cortina de salida y atravesó la acera en su ancho, para ir a reclinarse contra un farol, al borde de la calzada.

Salió Fox Colbert, y dijo:

—Aquí hay gente y guardias, gorila. El que gane, que quede libre de digerir el triunfo a gusto.

—¿Crees que haciendo el matón me vas a quitar la novia?

—Ya no me interesa ella, ahora. Son tus narices las que me fascinan. Con calma y regodeo, Pat. Apenca un poco más, y andando llegaremos a un campo cercado donde estaremos a gusto.

Patrick Ryan pareció tener aún más prisa en llegar a, donde se

dirigía Fox Colbert, que éste mismo.

No le importaba caminar. Quería que nadie pudiera interrumpirle.

Era un campo cercado, el patio donde entró Fox Colbert, empujando una puerta.

Retrocedió unos pasos, quitándose la americana. Tenía aún el brazo izquierdo metido en la manga, cuando ya Patrick Ryan, con un puño en directo, se abalanzó.

El otro puño era más temible, porque se crispaba en torno a un mango de cuchillo.

La americana cubrió la cabeza del que atacaba, y el cuchillo culebreó en todas direcciones…

Fox Colbert hundió su rodilla derecha en el flanco del irlandés, mientras su mano derecha golpeaba de canto el antebrazo a cuyo extremo el cuchillo buscaba carne.

Alzó el puño izquierdo, precisamente en el momento en que Ryan se libraba de la americana.

Crujió la mandíbula de Ryan, al restallar en su mentón el gancho… El irlandés retrocedió a impulsos del puñetazo…

El cuchillo estaba en el suelo.

Encajó Ryan el directo al entrecejo, que hubiera tumbado para más de la cuenta a un profesional del *ring*.

Y frenó en seco la acometida, zumbándole los oídos, pero con la suficiente visión para ver que era su propio cuchillo, el que de punta le ofrecía Fox Colbert, alargando el brazo izquierdo en toda su largura.

—Un paso atrás, y doy uno adelante, Pat. No juguemos a la rifa del que pincha acierta, porque llevo todas las papeletas. La charla continuará después. Ahora recoge mi americana, y…

Patrick Ryan se llevó las dos manos al pecho, truncando su doble manotazo. El cuchillo que había pinchado, apuntaba ahora a su estómago.

—Silencio absoluto. La menor distracción puede causar la muerte del artista. Te enfundo el cuchillo si vuelves a tomarme por un grumete, estibador de mala muerte.

Fox Colbert describió un lento medio giro. El cuchillo arañó suavemente el chaquetón azul, y se detuvo en los riñones. A espaldas de Ryan, dijo Colbert:

—Buenos modales, Pat. Recoge mi americana, y no seas grumete. La conozco eso que llaman los franceses, la patada a la luna, cuando se inclinan. Gracias, Pat. Sacude el polvo de mi americana, mientras nos dirigimos al fondo del patio. Conduce a la entrada trasera de mis habitaciones. Vivo en el ático. Sigue la dirección de la flecha. No té hincarás la flecha si te vas dando cuenta de que mientras estabas cargando fardos, yo ya tenía callos en las palmas de rodar timones.

Patrick Ryan avanzaba atendiendo la indicación de la presión sobre sus riñones. Pensó que tal vez la escalera de acceso al ático le daría una posibilidad. ¿Qué pretendía aquel maestro camorrista?

Pero la escalera no evitaba que el cuchillo estuviera demasiado cerca de su espalda.

Llegaron al último rellano.

Desde dentro, alguien había abierto la puerta de acceso al piso.

—Adelante, Patrick Ryan. Estás en casa de los Colbert.

Siguió avanzando Ryan hasta que le tocaron en la nuca, y se encogió…

—Siéntate, Pat. Este caballero es Graham. Colbert, y desea hacerte unas preguntas.

Patrick Ryan se sentó. Miraba al que frente a él, sentado en un sillón, parecía poseer en los clarísimos ojos grises, don de hipnosis.

—Es un matón de poca clase, Graham. A lo más, ha sido estibador. Ningún capitán digno de serlo, le confiaría mando alguno, a no ser en la cocina. Sabe fingir calma. Puede que te conozca, muy bien, y lo disimule. Su novia Maribel, está desplazada allá. Vale más de lo que marca su lugar de salida a tablas.

Graham Colbert alzó una mano. Dijo:

—Usted es Patrick Ryan, del «*Lady* Hearts». Soy policía, y mi hermano Fox cree que usted me estuvo esperando bajo el embarcadero del «Fifty-Fifty» la noche en que yo fui en busca de Hans Linkermann.

—Niégalo, becerro —masculló Fox Colbert, a espaldas del sillón ocupado por Ryan.

Le veía por el espejo encuadrado sobre un bufete, a un lado de la habitación.

—Yo estuve en el «Fifty» la noche en que usted habló con Linkermann, señor Colbert. Pero puedo jurarle que yo no…

Se interrumpió. Era tajante el corte con que la diestra del ciego bajaba desde su sien al brazo del sillón.

—¿Qué hacía usted aquella noche en el «Fifty»?

—Esperaba a Stevens.

—Que estaba con un cuchillo en la nuca en el mismo charco donde tiraron a Marquette y a Linkermann.

—La policía me ha interrogado ya, señor Colbert. También a los otros tres. Estamos asustados, pero no podemos adivinar por qué…

—Han muerto tres. ¿Será usted el cuarto? Por un instante prescindo de la posibilidad de que usted y los otros tres fueran los que estaban esperándome bajo el embarcadero. Ya lo averiguaré. ¿Prestó usted dinero a Linkermann?

—Sí, señor Colbert.

—¿De dónde sacó el dinero?

—Tengo familia en la costa.

—Exactamente el embuste que soltó Linkermann. No te muevas, Fox. Cuando salgas con Ryan, allá vosotros dos. Escucha con atención, Pat Ryan. El motovelero «*Lady* Hearts» se hundió a doce millas de la costa. Una vía de agua por un encontronazo con mina a la deriva, en noche muy agitada, dice el atestado de vuestras declaraciones. Pero había quince hombres a bordo del «*Lady* Hearts». Contesta.

—Sí, señor. El capitán que no abandonó el barco, y el primer piloto, que con el contramaestre, mayordomo y telegrafista, arriaron el otro bote, con tres gavieros como yo.

—Y tú con Marquette, Stevens, Linkermann, Carson, Lloyd y Järrel, lograsteis salvaros. Vuestra versión dice que los otros siete, cayeron al mar al volcarse su bote, y que no pudisteis hacer nada por ellos, dado lo tormentoso de la mar.

—Así fué, señor.

—El motovero era propiedad y estaba al mando del capitán Alex Ruston. Un australiano. También era australiano el radiotelegrafista que pidió socorro, sin que pudiera serle prestado al barco.

—Las olas entraron por paquetes apenas estalló la mina a ras mismo de la línea de flotación, por estribor.

—Lo leí… cuando aun podía leer, Pat Ryan. Ahora dime tú, que aun puedes hablar… ¿qué secreto llevaba el «*Lady* Hearts», que ha costado ya la vida, a tres de vosotros?

—¡Ojalá yo supiera algo que…!

—Calla, becerro, si has de decir embustes. Si mi hermano dice que hay un secreto, hay un secreto; ¿te enteras?

—Te agradeceré que en nuestra colaboración, cumplas tu parte, y me dejes realizar la mía que es interrogar y deducir, Fox. El secreto del «*Lady* Hearts» ha costado ya la vida a tres, Y tú repartes dinero, Pat Ryan. ¿Para que callen como calló Linkermann, los tres que quedan con vida?

—Le dije ya al señor Laforge que vino a interrogarme, lo mismo, señor Colbert. Si hay alguien que por motivos que no sabemos, mató a Marquette, a Stevens y a Hans… ¿íbamos a encubrirlo? Si supiéramos por qué peligra nuestra vida, ¿seríamos tan necios de rechazar la protección de la policía, señor Colbert?

—Hay un teléfono aquí, Pat. ¿Quieres llamar a los restantes tres?

—Como usted mande, señor Colbert.

—Ven acá, becerro. Tanta docilidad me escama. Esto es un teléfono Se habla por el arco, y te metes el disco en la oreja.

Patrick Ryan fué marcando unos números y anunció:

—Están en «La Puliche»… ¡Aló! Aquí Pat Ryan. Que se ponga Carson al habla…

Esperó unos instantes, y dijo:

—… Llama a Lloyd… ¡Pues a Järrel, condenación!…

Tapó la boquilla con la mano y, volviéndose hacia Graham Colbert, declaró:

—Los tres salieron juntos, hace cosa de media hora, señor Colbert.

—Pregunta si saben a dónde fueron.

—… Escucha, *Baronet*. Dime a dónde fueron… ¿Eres tú?…

Fox Colbert, casi pegada la oreja, al auricular, escuchó la voz femenina:

—… Vinieron a buscarles dos policías, Pat. ¿Dónde estás?

—… En casa del policía señor Graham Colbert.

Fué Fox Colbert el que colgó el aparato.

—A sentarte, ballenato. Mi hermano dirá cuándo termina contigo.

—Laforge lleva la investigación que yo abandoné, y que estoy siguiendo particularmente, Ryan. ¿Qué carga hizo el «*Lady* Hearts», en los puertos australianos?

—Madera, camiones y lana, señor, en Sydney. No tocamos más puerto en Australia.

—Segunda escala.

—En Valparaíso vaciamos las calas, para estibar mineral con destino a Buenaventura, donde recogimos a trueque, café, caucho, fibras y sedas. Era el cargamento que, atravesado el canal, se hundió con el barco.

—¿Pasajeros?

—Nadie, señor.

—Repetiré la pregunta, y según contestes, será mi hermano el que te preguntará lo mismo.

—¡Eso es! Déjamelo a mí, Graham.

—Contesta, Ryan. ¿Pasajeros?

—Una mujer.

—¿Embarcó, dónde?

—En Colombia. En la escala de Buenaventura.

—¿Papeles en regla?

—No, señor. Clandestina. Ocupó el camarote del primer piloto.

—¿Por qué no lo declarasteis ninguno de vosotros?

—El capitán nos hizo jurar…

—¿Quién era y cómo se llamaba?

—La llamábamos «Chola», porque era morena y parecía sudamericana.

—Y «Chola» estaba con vosotros en el bote.

—¡No, señor; no, señor!

—Equivale a «sí, señor; sí, señor» —rezongó Fox Colbert, tocando con el índice la nuca de Ryan—. Habla, becerro, o lo que quede de ti después de ir al patio, alguien lo arrojará en un charco del «bayú».

—«Chola» se tiró al agua, y la recogimos. Cuando llegamos a la costa, estábamos todos exhaustos. Ella desapareció. Es la pura verdad, señor.

—¿Por qué, si era tan sencillo decir la verdad, ya que la responsabilidad incumbía al capitán, no declarasteis la clandestina?

—Fué Stevens quien dijo que… nos podían retirar por un año, la cartilla de navegación.

Una voz femenina anunció:

—Maribel quiere hablar.

Y Carolina Despré se retiró tan discretamente como apareció.

CAPÍTULO V

—Actúa en «La Puliche» del *Baronet*, Graham. Los trae locos. Casi pelirroja, ojos falsos, boca que es un escándalo, delgada, pero con las debidas curvas ampliamente en su sitio, no es, ni mucho menos tonta, aunque tenga por novio a Pat Ryan —calló, al aparecer la mujer—. Siéntese, Maribel. Graham, mi hermano, es policía. Yo no, por suerte.

Maribel contempló al policía. Patrick Ryan se removió nerviosamente.

—¿Estorbo, señor Colbert?

—Es pronto para juzgar, aunque estoy tratando de convencer a Pat Ryan de que empeñarse en mentir y ocultar, no le favorece.

—Tenía entendido que era Laforge quien llevaba la encuesta.

—¿Y a usted qué le importa, «Gilda»?

—Calla, Fox. Deja que se vayan los dos. Ella y él.

—¿Oyeron? Ahuequen. ¿Voy con ellos, eh, Graham?

—Quédate, Fox. Acompáñales hasta la puerta; no empujes, y cierra.

—Un momento, señor Colbert. ¿Me echa usted de su casa?

—La invito a entrevistarse con Laforge, puesto que sabe usted que es el encargado de la encuesta. En América, lo llamamos investigación. ¿Es usted australiana, Maribel?

—Sí. Le pido perdón por haber sido incorrecta, Graham Colbert.

—Puede llamarme Graham, para diferenciarme de mi hermano.

—He oído comentar su accidente, Graham. Debe ser horri…

—¿La echo, Graham? —interrumpió Fox Colbert, rabioso.

—Tal vez nos convenga escucharla, Fox. Me imagino que es inteligente. Tú que te enamoras con frecuencia, Fox, ¿qué piensas de Maribel?

—Vale la pena enamorarse, pero con cautela, precaución y alarma.

—¿Por qué, Fox?

—Es de la rara clase de las que si se lo proponen te dice que estás comiendo carne, y masticas, aunque te de agua.

—Muy bien, Fox. Quiere usted insinuar a su hermano, que ejerzo influencia sobre la voluntad ajena. ¿Está usted estableciendo relación entre lo que calla Ryan y mi persona, Graham?

—Usted acaba de admitir que Ryan calla algo.

—Dilo, Pat. Es mejor. Lo de la pasajera clandestina.

—Eso ya lo sé, Maribel. Lo otro, es lo que quiere saber. El motivo por el que mueren con un cuchillo marinero en la nuca, uno tras otro, tres supervivientes.

—Pat bien quisiera saberlo.

—¿Su contrato, cuándo se inició, Maribel? No conteste, si no quiere.

—Lo averiguaría igualmente. Graham. Debuté en Nueva Orleans, hace exactamente ocho días.

—¿Desde cuándo reside en Nueva Orleans?

—Llegué hace nueve días.

—¿Procedente de…?

—Sydney, por avión.

—*Baronet* no paga mucho a sus atracciones. En avión, desde Sydney el pasaje es elevado en precio. Nada más, Maribel.

—¿Qué insinúa, Graham?

—Ya lo oíste, nena, misterios. Nada más… por hoy.

Patrick Ryan hacía ya largo rato que estaba en pie, esperando impaciente para salir.

Ella continuó sentada.

—Tendré que ponérmela de bufanda, Graham, porque por sus pies no se mueve hacia la puerta.

—Sus preguntas son del género inquietante, Graham. ¿Sospecha de mí?

—Se lo notificaré a su debido tiempo.

—Me llamo Marian Bellamy, soy cantante, y no tengo la menor nota desfavorable en mis antecedentes.

—No se lo he preguntado, Maribel. Comprenderá que Laforge habrá ya inquirido sus antecedentes.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Empieza, a ponerse cargante la australiana —terció Fox—. Lo que marca la tabla es que la poli pregunta, y la rea contesta.

—¿Rea de qué? —rió Marian Bellamy.

—De embuste constante. ¡Vamos, que no se da usted cuenta de por dónde dispara mi hermano! Australiana, del puerto de origen del barco naufragado, que aparece en un cabaretucho poco después del naufragio, que se paga el viaje por avión, que elige a este becerro por novio… Eminentemente sospechosa, y ya está. Vaya… Ya se ha despegado del sillón. Se larga, Graham.

El policía ciego asintió, replicando:

—Tú te quedas, Fox.

—¿Estás seguro que no puedo salir unos minutos?

—Te quedas, Fox.

Fué Carolina Despré la que abrió y cerró la puerta, Fox Colbert, sentándose donde poco antes estuvo Maribel, rezongó:

—Llevas el mando, capitán, pero para traerte al irlandés, dejé a medias una conversación.

—Me la reprodujo Carolina. Desde la terraza, se divisa el patio. Es curioso, Fox… Resulta demasiado sospechosa ella. Sí, demasiado.

—¿Y si es la hermana del capitán naufragado que ha venido a sembrar cuchillos, para vengarse de los que no quisieron arriesgarse en salvar al capitán Alex Ruston?

—Murieron sus padres, y no tenía hermanos.

—¿Y si ésta fuera su novia, qué tal?

—Yo deduzco y tú vas aprendiendo, Fox. No es lógico que maten del mismo modo a tres de los supervivientes del naufragio. Y sin embargo, los otros cuatro se callan. No es lógico que una actuante en el tugurio de *Baronet*, venga en avión, y, precisamente elija a Pat Ryan.

—Es de las caprichosas, Graham, y a su modo el irlandés no es feo. ¿Qué opinas, tormento?

Carolina Despré, que acababa de sentarse, después de colocar una taza entre las manos de Graham, y una copa de coñac en la mesita junto a Fox, replicó:

—Ella no está enamorada de Ryan.

—¿Ibais a la escuela juntas las dos?

—Yo no conozco a Maribel, pero mi amiga de «La Puliche»,

comentó que allá lo dicen todas. Maribel no está enamorada —y aclaró—: Graham me ha dicho que mientras piensa, no le molesta que tú y yo hablemos. Por esto hablo, Fox.

—Una perla mi novia, vaya que sí. Se lo sabe todo.

—Maribel y *Baronet* se entrevistan a solas.

—Ya estamos en pleno gallinero.

—No es lo que piensas, Fox. Hablan, pero nada más.

—Hija mía, si yo empiezo a hablar a solas con Maribel… ven pronto aunque tengas que derribar la puerta, porque quiero seguir siéndote fiel hasta el máximo de resistencia. Me estás enamorando de veras. ¿Con que entrevistitas y cuchicheos entre *Baronet* y Maribel? Hombre… ¿Y si te traigo a *Baronet*?

—No es de la clase de Ryan. Éste, se acobardó, pero *Baronet* es inteligente, Fox. Seguir hablando y olvídate de mí.

—Uno de mi pandilla decía que cuando se despluma un corral, en seguida hay que pasearse delante de comisaría. O sea, que el esconderse, le pierde a uno. ¿Por qué se esconden en este silencio acerca de su secreto, los cuatro que quedan? Con las ganas que tengo yo de saber si eran ellos los que te esperaban bajo el embarcadero.

—No —dijo, secamente, Graham—. No me preguntes en qué me fundo, Fox… Pero no fué Ryan ni sus tres compañeros. Ni tampoco es ninguno de ellos el que mató a los tres del mismo charco. Iremos a cenar a «La Puliche». Los tres.

—Así se habla, capitán. ¿Invitaremos a Maribel?

—Mucho me equivoco si no se invita ella, al menos de sobremesa. Y te ruego que no comprometas a Carolina…

—Palabra que soy fino como el que más, cuando se presenta la ocasión. Lo que pasa es que se presenta a veces. La gente está muy maleada, capitán, salvando lo presente. Me satisface ver que Carolina te gusta. ¿Qué más comadreos corren en torno a la australiana?

—Dice mi amiga, que hasta *Baronet* parece tenerte respeto.

—¿Respeto?

—O temor…

—Fantasiosas todas.

De pronto, Fox Colbert saltó hacia delante como si un muelle se hubiera disparado en su sillón.

Embistió el ventanal, aunque fué su puntapié lo que hizo chocar las dos batientes a cada lado, en estrépito de cristales rotos.

Había visto la sombra inclinarse desde el exterior, palpando el ventanal.

Cogió por el cuello al individuo arrodillado… y lo soltó.

El desconocido, flaco, muy alto, chocó de bruces contra el suelo.

El mango córneo de un cuchillo marinero sobresalía de su nuca.

CAPÍTULO VI

El comisario Eustack Clemens y el agente de primera John Laforge, despidieron al «equipo técnico» y regresaron al saloncito donde los hermanos Colbert y Carolina Despré esperaban.

John Laforge permaneció en pie junto al ventanal de rotos cristales, y el comisario se sentó frente a Graham Colbert.

—Es indudable que Gosta Järrel, el escandinavo, venía a comunicarle algo importante, tan importante, Graham, que lo silenciaron. ¿Quién? ¿Cuál es el secreto que tan celosamente guardan los supervivientes del naufragio? Esto es lo que Laforge, continuando las investigaciones que usted dejó, trata de aclarar.

—No las he dejado, comisario. Las sigo, aunque particularmente, y por motivos muy personales.

Graham Colbert, cerrando los ojos, tocó sus párpados, antes de añadir:

—Un hombre privado de vista es un inválido, pensé mientras estaba aún bajo la impresión reciente de mi ceguera. Es un hombre que ha de permanecer pendiente de los cuidados de otra persona, pensé también. Pero de pronto descubrí que si antes, mi pensamiento se desperdigaba en acción, ahora se beneficia de esta inmovilidad. Aunque pueda parecer absurdo ahora veo más que antes. Porque antes miraba a la gente, y ahora sólo la escucho. Antes veía cuanto rodeaba a la gente, y los árboles no dejan ver el bosque. Y he encontrado un afán para seguir viviendo: investigar.

—Tiene usted toda la razón, Graham. Los médicos lo afirman. La pérdida de uno de nuestros sentidos, duplica la capacidad y percepción de los otros y por eso usted adquiere mayor percepción.

Una extraña sonrisa se dibujó en los labios de Graham Colbert.

—Voy a darle una prueba de mis nuevas capacidades, comisario.

No puedo ver físicamente la expresión del rostro de mi colega Laforge. Sólo le he oído hablar, y hasta ahora no ha dicho nada ofensivo para nadie de nosotros. Sin embargo… algo flota en el ambiente.

Clemens miró con repentino interés al que prosiguió:

—Callarse por temor a herir mi susceptibilidad, sería propio de usted, comisario, pero en Laforge sería contrario a su carácter, y las franquezas no deben rehuirse, ¿verdad, Fox?

Fox Colbert, que varias veces había mirado a comisario y policía con poca amabilidad, miró ahora a su hermano, replicando:

—No se deben rehuir las franquezas, aunque esto no quiere decir que las franquezas sean verdades.

Desde el ventanal, John Laforge, ancho, basto, de cabeza cuadrada, abultó los labios en mueca que tanto podía ser desprecio hacia la observación hecha por Fox Colbert, como resolución de mutismo, mientras no fuera, autorizado a hablar por su superior.

—Lo siento, Graham, pero debemos dejar aparte los afectos. Nuestra profesión nos hace pasar por hombres duros, sin alma, y somos mal vistos no ya como es natural por el maleante, sino hasta de aquellos mismos a quienes protegemos. Sólo nosotros sabemos la verdad, cuando llega el momento como lo es ahora, de sacrificar simpatías y afectos. Yo sacrifico la simpatía que hacia usted tengo, y usted… debe sacrificar… su personal afecto hacia este hombre.

Eustack Clemens señaló con la barbilla hacia Fox Colbert, el cual dijo:

—Lo que es no ser culto ni poli. No entiendo una palabra de la que están charlando, ni veo adónde van a parar tantos rodeos. Lo que sí entiendo perfectamente son las miradas, y desde que vinieron ustedes dos a examinar el fiambre, como les pertenece, de vez en cuando me han lanzado ojeaditas que dan asco, ¿o será que me tienen asco?

—Ya está bien, Fox. Te has desahogado, y ahora deja desahogarse a Laforge.

—Hable, Laforge —conminó el comisario.

El policía interpelado avanzó dos pasos.

—Antes de obedecerle, señor, quisiera hacer constar que está presente una persona que no tiene porqué escucharnos.

—La señorita Despré tiene buenos antecedentes, y la juzgo digna

de oírnos y guardar el secreto, si es preciso.

—Gracias, comisario —replicó ella, levantándose—. Pero prefiero retirarme. Estarán ustedes mejor a solas, entre hombres.

—Como usted quiera, señorita.

Carolina Despré pasó a la otra habitación, cerrando la puerta. Fox Colbert rió:

—Fuera señoras… y así ella puede escuchar tras la puerta. Adelante, Laforge.

John Laforge desdeñó mirar al aventurero. Empleó el estilo del subordinado informando:

—Al telefonearme mi ex colega exponiéndome los hechos, juzgué mi deber acudir inmediatamente, ordenando al agente Parker, que en el coche oficial que empleé para venir aquí, pasara a informarle de los hechos. Mi ex colega…

—Diga Graham o Colbert, porque aunque con licencia indefinida, sigue siendo miembro de nuestra Brigada, Laforge.

—Graham me informó del modo siguiente —y John Laforge miró su libreta, leyendo—: «Estábamos conversando con la señorita Despré, mi hermano y yo, cuando oí un estrépito de cristales. Por el aire que a la vez se desplazó, comprendí que Fox se había abalanzado hacia el ventanal. Había visto una mano apoyarse desde el exterior en el cristal, y creyendo fundadamente que alguien pretendía entrar con intenciones poco normales, fue a apresar al que así actuaba. Le cogió del cuello, soltándolo casi en seguida, al ver que estaba muerto. Me describió al muerto, y pude identificarlo como Gosta Järrel, sin necesidad de esperar a la confirmación hallada en la documentación. En seguida telefoneé a la Brigadilla, para que cuanto antes me pusieran en comunicación contigo».

Alzó Laforge la vista de lo que estaba leyendo, y por su cuenta, añadió:

—Hasta aquí la primera declaración de Graham. Interrogué a la señorita Despré, la cual corroboró lo dicho por Graham. Interrogué a continuación a Fox el cual corroboro lo dicho por Graham y la señorita Despré, iniciando a continuación mi estudio del terreno. La terraza, azotea y medios de acceso a este ventanal desde el exterior. Por último volví a interrogar a Fox Colbert.

—No me lo lea, porque sé perfectamente lo que me preguntó y lo que contesté. Soy poco culto, pero no tanto. Y cuando me

preguntan con indirectas y segunda intención, capto la onda, Laforge. Usted manifestó una enorme extrañeza, arqueando las cejas y poniendo cara de incrédulo asombro.

Imitando la voz áspera de Laforge, Fox Colbert exclamó:

—«¿Cómo es posible, que no hiciera usted lo normal?». «¿Y qué es lo normal, cuando uno se encuentra con un muerto entre las manos, cuando pensaba encontrarse a un vivales?» le pregunté yo a mi vez. Vi ya que había retintín en la cosa. Soy un hombre justo. Sé que mi fama no es precisamente la de ser un dechado de virtudes. He tenido mis diferencias de opinión con la poli. Y no puede ofenderme que la poli me mire con asco, puesto que lo que me ofendería es que me mirase con simpatía. Pero aquí se está cocinando un guiso no muy claro.

—Ahora hablo yo en vez de Laforge —intervino Clemens—. Todas las deducciones de Laforge las apoyo. Primero: usted no es un apocado ciudadano que al verse como dice, con un muerto entre las manos, se queda alelado. Al igual que embistió en tromba el ventanal, ¿por qué no embistió hacia el causante o los causantes de la muerte de Gosta Järrel?

—No vi a nadie contra quien embestir.

—Para abandonar esta terraza, el más ágil de los hombres, aunque sea un marinero habituado a trepar por aparejos, necesita bastante tiempo, si no quiere correr el riesgo de estrellarse. El agente Laforge, con muy buen criterio, sustenta dos deducciones, la primera de las cuales, apoyo firmemente. Y es que…

—Permítame demostrarle, comisario, si estoy blasonando o acierto, al pretender que privado de vista, poseo más clarividencia… aunque sea contra mi hermano. Usted y Laforge opinan que mi hermano vió al agresor, y si no lo vió, decidió no correr en su persecución y alcance. Opinan que no hizo lo que cualquiera hubiera hecho, no porque sea cómplice con los que sucesivamente han eliminado a Marquette, Stevens, Linkermann y Gosta Järrel, cuando éste venía a comunicarme algo importante, sino porque Fox, aunque lo intente por afecto hacia mí, no puede vencer su fondo que le atrae a favor del delincuente.

Hubo una pausa de silencio, y la quebró el comisario:

—Lo lamento por usted, Graham, pero así es. Y prefiero que sea usted mismo, Graham, el que siga dando pruebas de su

clarividencia.

—Fox es atlético, ágil como el que más, y no le impresionó tener a un cadáver aun tibio entre las manos. Estoy, pues, de acuerdo en que la primera deducción de Laforge es certera e indiscutible. Yo no se lo reprocho a Fox. Pero me temo que la segunda opinión de Laforge, resultará plenamente desorbitada.

—La segunda opinión de Laforge es discutible, muy discutible —aceptó el comisario—. No obstante, la expondré. La reconstrucción hecha del posible camino de acceso, tanto de subida a esta terraza, como de la huida, no deja lugar a dudas. Se trata de uno o varios individuos, pero con una cualidad. Son marineros o gimnastas casi circenses, porque asirse a una tubería y subir a base de apoyar los pies en leves resaltes e intersticios, como soporte, no está al alcance de un hombre corriente, por atlético que sea. Ahora bien, la misma deducción controlada por las huellas en el polvo de la fachada posterior, dando al patio, y la declaración de Fox Colbert, de que vió primero un silueta agacharse y después apoyar la mano en el cristal, demuestran que era imposible que Gosta Järrel estuviera muerto antes de pisar esta terraza. No lo transportaron aquí, y estaba con vida al pisar la terraza. ¿Le arrojaron el cuchillo cuando vieron que se disponía a entrar para comunicar el misterio del naufragio del «*Lady* Hearts»? Es lo más seguro.

—Es impepinable —dijo, secamente, Fox Colbert—. Yo…

—Déjame hablar, Fox —atajó, con su ademán cortante, Graham—. Del mismo modo que Laforge ha deducido sin que quede duda alguna, que dado el carácter de mi hermano, contrario a la delación ni a la caza de indeseables sociales, también conoce Laforge que en la mala reputación de mi hermano, hay un punto netamente comprobado. No hablo como hermano, señores, sino estrictamente como fanático de la profesión que elegí. Créeme, Laforge… Fox Colbert no asesina, ni asesinará. Podrá matar o habrá matado, en franca pelea, cara a cara, y empleando los recursos de todo hombre que repele una agresión, la haya buscado o no. Pero tu segunda opinión de que esté mintiendo Fox Colbert, y sea él mismo quien haya acuchillado a Gosta Järrel, échala en olvido, por las mismas razones psicológicas que te han hecho deducir muy acertadamente que no quiso perseguir al autor o autores de la muerte de Järrel.

—¿Se ha enterado, Laforge? Tome otra nota. No vi al que arrojó

el cuchillo, porque si lo hubiera visto y me lo callase, esto ya caería dentro del delito. Se llama encubrir, ¿no? Estamos entre técnicos, y aporto mi ración. No se puede acusar a un hombre por no echar a correr hacia una tubería cuyo uso normal es el de desaguar.

—He dicho que la segunda hipótesis de Laforge, la considero discutible —recordó Clemens—. Pero hemos reservado para ahora, un punto delicado. Mientras se verificaban las rutinarias pesquisas, vino el agente Parker, al que envió con buen criterio Laforge, a requerir a los tres supervivientes del naufragio.

—Ya le informé, comisario, de que Patrick Ryan había salido unos diez minutos antes de que vivo o muerto, Gosta Järrel se apoyara en los cristales.

—Y han transcurrido cerca de dos horas desde entonces. Un tiempo más que suficiente para que Ryan regresara a «La Puliche», donde había prometido a Marian Bellamy que iría apenas comprase tabaco. No ha vuelto a «La Puliche», porque de haberlo hecho, ya nos lo habría comunicado aquí el agente Parker.

—Estará, a lo mejor, en el charco «Trulafin» —masculló Fox Colbert.

—Tampoco está allí, porque también nos lo habrían comunicado. Pero dejando aparte a Ryan, pasemos a estudiar los movimientos de los otros dos. De Elmer Carson y de Archer Lloyd… que tampoco están en «La Puliche», ni en el charco de Trulafin.

—Eche un vistazo a la terraza, Laforge —invitó Fox Colbert—. Lo digo por si las moscas… Desde que la policía concede tanta importancia a los siete que estaban vivos al tocar la costa, mueren uno tras otro, a toda prisa, como si les trajera muy mala suerte eso de ser tan interesantes para ustedes. Seguro que Carson y Lloyd están ya como Järrel, puesto que los fueron a buscar dos policías.

—¿Cómo sabe usted que fueron a buscarles dos policías?

—Eso es lo que desde «La Puliche» le comunicaron a Pat, por teléfono.

—Llegaron en efecto allá, dos individuos exhibiendo carnets policíacos, a los que de inmediato obedecieron Carson y Lloyd. Los cuatro salieron a la calle, y hasta ahora no tenemos noticias de los dos marineros, ni de los dos policías.

—Una organización magnífica la de la policía. Hasta pierden la pista a sus propios afiliados.

Eustack Clemens miró agresivamente a Fox Colbert.

—Los dos supuestos policías no lo eran. Les vió pasar por la galería del restorán, un camarero, sin saber que los dos acompañantes de Lloyd y Carson, habían exhibido al interior de un palco, carnets policíacos. Y el camarero reconoció a los dos que acompañaban a Lloyd y Carson. Muy extraño… Eran dos sujetos que usted conoce muy bien Fox Colbert.

—Tratándose de sujetos, seguro que los conozco.

—Eran los apodados Gossip y Martens.

—Plebe vulgar.

—No le parezca desorbitado, Graham, que Laforge, ante la noticia de que dos sujetos con los que tu hermano siempre ha mantenido constantes y amistosas relaciones, se llevaron a Lloyd y a Carson a destino por ahora ignorado, saque deducciones.

—Díme, Fox… ¿Sabías tú algo de que Gossip y Martens intervenían en el misterioso asunto de los supervivientes del «*Lady* Hearts»?

—Ni media palabra. Escuche, comisario… Si cada vez que algún sujeto comete alguna fechoría, sacan deducciones de posible complicidad, porque yo los conozco, entonces me tendrán que estar deteniendo cada media hora. Conozco a toda la plebe del «bayú», de lo que no es «bayú» y de otros sitios del globo.

—De nada le estamos acusando, Fox Colbert. Tan sólo de que para Graham, no es usted una ayuda ni una colaboración, sino todo lo contrario. Es duro lo que acabo de decir, me consta, y no me retracto.

—¿Pretende usted decir que yo estoy engañando a Graham?

—No tengo por costumbre insinuar ni hablar careciendo de bases, Fox Colbert. Su prestigio entre el hampa y su falta de colaboración al no perseguir a quien o a quienes mataron a Järrel, es evidente, pero queda por último una cuestión más importante, y que viene en apoyo de cuantas deducciones discutibles o no, haya hecho el agente Laforge. ¿Es o no es cierto, que usted, hace exactamente tres noches, de nueve a nueve y media, en el «Fifty-Fifty» estuvo en compañía de Elmer Carson y de Archer Lloyd, precisamente los dos hombres que han desaparecido en compañía de Gossip y Martens?

—Estuve, ¿y qué con ello?

—Nada en absoluto. Su propio hermano decidirá.

Graham Colbert se levantó, recorriendo la corta distancia que le separaba de Fox Colbert, en cuyos hombros apoyó las manos.

—Gracias por tu compañía, Fox… De todo corazón, como hombre y cómo Colbert que soy. Ahora… como policía, como Judas… ¡lárgate! Fuera de aquí, Fox «Siete Vidas».

Retiró las manos, cruzando los brazos.

Fox Colbert se levantó pausadamente. Su voz tuvo asperezas:

—De acuerdo, completamente de acuerdo. Tú mismo dijiste a estos dos que ahora ya le has vuelto a coger gusto a la vida, porque investigar te despepita. ¡Pues a ello, policía Graham! Yo no reniego de la sangre que llevo…

—¡Fuera de aquí! —repitió calmosamente, Graham Colbert.

—Me voy. Y es más, te dejo como prenda a Carolina… ¡Vaya con la nena! ¿Conque muy digna, de buenos antecedentes y tal, no, comisario? Pues para ustedes… A lo mejor, hasta es una chivata…

—¡Salga ya! Nos volveremos a ver —gruñó Laforge, avanzando un paso.

—Sin avasallar, Laforge, sin atemorizarme. ¿Me acusa usted de algo en firme, comisario?

—Su mal no tiene remedio, Fox Colbert. Está usted emponzoñado, y podrá resultar simpático exteriormente… pero tiene usted el alma envenenada. Acabará mal… y lo siento por Graham. Váyase, por favor.

—¡Hombre! Pedido así, ¿quién se resiste? Y díganselo de mi parte a la nena con buenos antecedentes, si es que no está escuchando tras la puerta… Es como ustedes…

La puerta de la contigua habitación en que se había encerrado Carolina Despré, se abrió, y ella apareciendo, se aproximó a Fox Colbert.

Sonreía extrañamente, con lágrimas en los ojos. Parecía la imagen de una enamorada dolorida, pero sumisa.

Fox Colbert era muy rápido en su reflejos, como lo demostró al asir al vuelo la mano femenina que se dirigía hacia su rostro. La soltó, para retroceder un paso…

—¡Eres odioso, Fox Colbert! Odioso… A tu propio hermano traicionarías, y tú sí que eres el Judas… Me das asco…

—Ya va bien. Estamos pues todos de acuerdo. Aliviarse.

Dando media vuelta, Fox Colbert abandonó el saloncito, y poco después se oía su portazo al salir.

—Perdónenme si escuché, señores —sollozó ella—. ¡Lo siento tanto, Graham! No quisiera volverle a ver nunca más.

—Quédese conmigo, Carolina. Necesito alguien… y usted iluminará mis tinieblas, fraternalmente, de verdad…

Ella cogió entre sus dos manos la diestra que tendía Graham Colbert, y el comisario Clemens arguyó:

—El bisturí del cirujano hiere cruelmente, pero sana. De vez en cuando, Laforge vendrá a verle, Graham; ¿verdad, Laforge?

John Laforge era conocido por su rudeza. Gruñó:

—Vendré… si no me echas, Graham. Al fin y al cabo, ese tipo es tu hermano y a lo mejor, tengo yo que meterle mano.

—Harás lo que debes hacer, John. Y te agradeceré mucho que vengas a verme siempre que quieras, para estar así al corriente…

—Entonces, a diario, Graham, porque tienes, tú mucha más pupila que yo… ¡Caray, perdona! Quise decir que tienes…

Rió, con melancólica entereza, Graham Colbert.

—No te aturrulles, John. Has dicho lo que debías. Tengo más pupila, porque veo desde dentro, sin que nada exterior obstaculice mi vista. Y siempre dos pensando, valen más que uno.

El comisario y Laforge se despidieron. Regresó Carolina Despré.

—Voy a preparar la cena, Graham. Nunca pude pensar que Fox…

—Si quieres seguir aquí… no menciones una sola vez más ese nombre. Por toda familia tú y mi fanatismo. No eres torpe ni mucho menos, Carol. Tienes agilidad, y tus observaciones son atinadas. Laforge vendrá a diario, y después tú y yo podremos sacar conclusiones. Ya no soy inválido… porque te tengo a ti y hasta el propio Laforge que antes me tenía poca simpatía… ya has visto… Me aprecia. Es difícil a veces ser honrado, Carol… pero recompensa.

CAPÍTULO VII

La pizarra asomó por la esquina del tablado, anunciando:

«MARIBEL Soy tu Hermosa Pesadilla».

Eran las once y veinte de la noche. Tras el cierre de telón a las siete, reanudábase a las once, el nocturno desfilar de las mismas atracciones, que actuaban en el segundo número de su escaso repertorio, generalmente compuesto de dos.

El mismo silencio de varonil adoración, acogió a Maribel. Tardó también ella en obedecer la «entrada» que el piano daba.

Repitió el efectismo de truncar la romántica balada y su quietud, de suspirante candor fingido, por audacia bien dosificada.

Tuvo sólo un momento en su actuación que no constaba en el bien aprendido y maquinal segundo número de su repertorio. Fué un pestañeo del asombro al reconocer al ocupante del mismo palco en el que había estado aquella tarde.

Terminó su número, y el público exteriorizó sus protestas al no reaparecer la afrodisíaca Maribel, que fueron acallándose por convencimiento general de su inutilidad.

El color azul metálico y la seda, debían ser favoritismos sabios de la australiana, que quince minutos después de su aparición en el tablado, entró en el palco cuyo ocupante la había sorprendido.

Fox Colbert descorchó la botella, escanciando en dos copas. Dejó sobre la mesa, una pitillera abierta. Bebía de la copa más cercana, encendió un cigarrillo y volviendo a acodarse en el reborde, miró hacia el escenario donde una marsellesa se esforzaba en demostrar que su escasa, voz estaba en razón inversa a su anatomía.

—Eres un problema, Fox. ¿Es descaro o inconsciencia?

Fox Colbert dejó de mirar al escenario. Sus claros ojos recorrieron admirativamente a la que se sentaba a su lado.

—Eres la primera mujer que me ha dado escalofríos y vas a ser mi fea pesadilla. Juzga tú misma… Iba a comprarte una orquídea y una cajita de bombones. La orquídea con una perla por centro, y en la cajita, la plata de un brazalete envolviendo los chocolatines.

—¿Dónde están tus obsequios?

—Tuve la fortaleza de espíritu, de no entrar a comprar nada.

—Peleaste con Patrick… Me echaste del piso de tu hermano… Y tienes la desfachatez de estar aquí.

—En la larga lista de varones que sueñan contigo, y despiertan arañando las paredes, apúntame.

—No eres un inconsciente, pero fías demasiado en tu valor. ¿No sabes que ya tienes un mote?

—Me lo merezco. ¿Me llaman el «corderito adorador de la inconquistable»?

—Te llaman… el «Lazarillo de Judas».

Bebió ella y Fox Colbert se rascó la sien.

—Me convendría leer la Biblia, pero no me atrevo. Me suena eso de lazarillo.

—Es el perro que guía los pasos de un ciego, o el niño en cuyo hombro se apoya el que no ve.

—Un mote tan bíblico y cultural, no se le ocurre a la plebe vulgar. ¿Eres tú la inventora?

—*Baronet.*

—Es un caballero instruido el tal. ¿Y qué?

—Los mismos que antes te respetaban, ahora te odian.

—Los humanos sentimientos son tan versátiles, que no me asombra que yo mismo que esta tarde te miré fríamente, esté ahora convertido en un vulgar estudiante.

—Le dije a *Baronet* adonde habíamos ido esta tarde Pat y yo. No lo quería creer.

—Llámalo y me creerá.

—Él no es un marinero brutal como Pat, ¿sabes?

—Fox lo sabe perfectamente, Maribel.

Entró un individuo delgado, vestido de «*smoking*». Sus rubios cabellos lisos, se aplastaban abrillantinados sobre el estrecho cráneo. Llevaba un monóculo incrustado en su órbita izquierda.

Abría escasamente los delgados labios para hablar. Decíase que su modo de hablar, incisivo y cortante, se debía a que quería ocultar con su postiza dentadura, los cumplidos cincuenta.

No los aparentaba. Se sentó frente a Fox Colbert, introducidas las dos manos en los bolsillos de su chaqueta «*smoking*» de terciopelo.

La botonadura de la camisa de cuello flojo, era de perlas negras.

—Eres un elemento importante en la plebe, *Baronet*. Todos te cuentan sus secretitos. Yo no.

—Las cosas son como son, fatalmente, y no como quisieras que fuesen, amigo Colbert.

—Solías llamarme Fox.

—No hay inconveniente. En cierto modo, Maribel tiene razón, Fox. Lo que no puede decirte, es lo que yo he venido a rogarte. Esta botella es por cuenta de la casa y la segunda la tomas por mi cuenta también.

—La tercera, lejos, ¿verdad? Estás convencido de que la plebe, al enterarse de que me convertí en los ojos de un polizón, se ha sentido ultrajada. Estaba convencido de que es ya para toda la plebe una cuestión de honrilla, el ver el modo de meterme un cuchillo o un plomo entre las espaldas. Y no quieres que te estropeen el mobiliario.

—Me agrada que lo tomes bien, Fox.

—Contigo no puedo sentirme hombre, porque nadie le pega a un maniquí. Ya estás de más, *Baronet*. Y envíame la segunda botella.

Se levantó el dueño del local. Hizo un ademán de excusa.

—Esperaba oírte decir que no era verdad lo que me dijo Maribel. Que se trataba de una engañifa.

—Si sabes leer, y coges un periódico, y si lo han publicado, te enterarás de que ha muerto un tal Gosta Järrel.

—No lo sabía.

—Ni yo tampoco sabía que al cogerle yo el cuello de Järrel, el que echó a correr, pero menos de prisa de lo que yo me asomé, era un amigote.

Maribel y el francés, miráronse.

—¿Basta con lo dicho, no, *Baronet*? Si lo vi, y no se ha enterado ninguno de los tres policías que luego me estuvieron hablando como a un sujeto muy sospechoso, ya me estás pidiendo perdón. Es

sencillo mi carácter, *Baronet*. Como no puedo saltarte las muelas, porque ya te cayeron hace años, bastará con que me envíes dos botellas. La segunda y la tercera, por cuenta de la casa. Si sólo recibo una, no te apures, que por aquí no he de volver, pero… no vayas tú por ninguno de los sitios en que yo ande. Tan amigos, *Baronet*.

El francés abandonó el palco. Y Fox se volvió a Maribel, reanudando la conversación.

—Estábamos diciendo que me he convertido en un ardoroso estudiante desde hace unas horas.

—He conocido a muchos aventureros de todas clases, Fox. Tú eres distinto.

—Tres palabras que pueden servirte de título para otra canción.

—Modificando una… Cantaré: «Tú eras distinto». ¿Es que crees que *Baronet* se ha creído tu embuste? Vienes aquí enviado por tu hermano. ¿A quién le llevarás entre las mandíbulas? ¿Una perdiz o un faisán?

—Trato de adivinar si tus labios, al besar, electrocutan.

—Dos hombres vinieron a buscar a Lloyd y a Carson. No pudieron llevarse a Gosta Järrel, porque éste escapó. No han regresado, ni tampoco Patrick.

—Me arriesgaré…

Adelantó él la cara y echándose hacia atrás, Marian Bellamy colocó delante de su boca la copa vacía.

Entró un camarero, que depositó una cubeta con hielo, en la que sobresalían los capuchones dorados de dos botellas.

Recogió la otra cubeta, y abandonó el palco tras decir:

—*Baronet* invita, señor Fox.

Marian Bellamy murmuró.

—No puedo creerlo… ¿Cómo *Baronet* no se da cuenta que lo estás engañando? Ni siquiera has dicho el nombre del que pretendes haber visto que echó a correr cuando tú cogiste del cuello a Gosta Järrel.

—A solas con *Baronet*, tal vez lo hubiese dicho.

—El hombre fuerte y silencioso con las mujeres, ¿no? Es estúpido que puedas imaginar que para la que llamas plebe, has dejado de ser el lazarillo de Judas.

—Me da igual que me da lo mismo. He venido porque me gustas

y aquí estaré cada vez que tú te asomes al escaparte. Y en este mismo palco te esperaré en cada sesión, hasta un límite prudente. Quince minutos.

—¿El que la sigue la mata? Desgraciado… Te matarán.

—Tenía yo dieciséis años, cuando una dama, porque ella sí que lo era, me dijo lo mismo. La mataron a ella.

Se levantó Fox Colbert, y recogió su pitillera. Estaba ya en el umbral de salida, cuando ella dijo:

—Quédate un minuto más, Fox.

Fox Colbert atravesó el corredor y bajando las escaleras, se dirigió hacia el bar instalado al fondo, junto a la salida.

Se sentó en el taburete más cercano a la caja.

—¿Qué se debe, cajero?

Baronet dejó de manipular la registradora, y vino a sentarse en el taburete a la izquierda de Fox Colbert, de espaldas a la barra.

—Fíjate un poco en la que ahora baila, Fox. Tiene talento y seguramente llegará lejos.

—¿Tú crees? Cuando lo dices tú…

—Gossip y Martens estarían mucho más a gusto, si les fueras a ver. Ya he mandado aviso de que se equivocó Maribel.

—Mirándola bien, ésta que baila, posee talento. Bueno, gracias por la invitación y en cuanto a los dos que has citado, si quieren verme que me busquen. Yo no muerdo… si no me ladran.

—¿Por qué te vas tan pronto, Fox?

—Entre otras cosas porque me da la gana.

—A tu gusto, Fox. Siempre bienvenido aquí.

Fox Colbert salió a la calle. Se detuvo un momento para encender un cigarrillo. Una mano femenina se apoyó por un instante en su brazo derecho.

—El frescor de la noche me sienta muy bien, Fox.

—A todos. ¿Tomas café a estas horas, Adelfa?

—Prefiero té, y lo hacen inmejorable en el «Fifty» si Robinson aprecia a los que lo piden.

Volvió ella a apoyar su mano en el brazo derecho. Intentó cerrarla a medias en rededor del bíceps, sin lograrlo… Caminaron en silencio unos instantes.

—¿Por qué me has llamado Adelfa?

—Flor bonita, pero turbia como el color de tus ojos. A instantes

son azules de mar en calma, y otras verdes como traicioneras algas.

—Vales mucho, Fox. *Baronet* se ha quedado condolido. Tú sabías que yo estaba a tu lado… ¿Por qué no quisiste saber dónde están Gossip y Martens?

—Porque los asuntos en los que no tengo participación, me importan un comino.

—Me ha dicho *Baronet* que si lo quieres, puedes tener parte. Me lo dijo apenas saliste. Nada más que esto. Me dijo: «Un cinco por cien si nos ayuda, Mary».

—*Baronet* está perdiendo facultades. Confía en ti y se atreve a calibrarme en un cinco por cien. Recomiéndale cuando le veas, que se compre un recambio de dentadura y vaya avisando al instituto de belleza para que le preparen un perfil nuevo.

—Cinco por cien sobre diez millones, ¿cuánto es, Fox?

Fox Colbert siguió andando, pero apretó entre sus bíceps y costado la mano femenina. Susurró casi al oído de ella:

—Puedes continuar mirándome como si me quisieras, o sea, de mentirijillas. Nos sigue Parker, que es un sabueso que con Laforge, otro peor, está navegando con el asunto «*Lady* Hearts».

Se calló porque sin dejar de andar, sus labios buscaban los labios de la que volvió a retirar el rostro…

—Tan a lo vivo, no hace falta, Fox.

—Ésta es otra de tus maravillas. Prometer y no dar.

—¿Por qué no tomamos un taxi?

—Da lo mismo. Te han calado ya. Una tal Carolina, del «Fifty» ha soplado ya a los tres policías que estaban en el ático, que tú y *Baronet* tenéis entrevistas privadas, y que él casi parece temerte. Estoy mal de matemáticas, pero si divido diez por veinte, da cero cincuenta.

—Cero cincuenta que suponen medio millón.

—¿Y por qué va a pagarme *Baronet* tanto dinero?

—Creo que el negocio se ha complicado. Están atascados.

—¿Crees…? Vamos a dejarlo, Adelfa. Los negocios los trato no con quienes se creen cosas, sino con quienes las saben… No, no, querida, no empieces a explicarme nada, porque no quiero saber nada. Me has pedido té, y nos lo dará Robinson. Las señoras primero, por favor.

Ella entró por el acceso al piso primero del «Fifty-Fifty»,

empezando a subir las escalaras.

Tras ella iba Fox Colbert, que se limitó a alzar los brazos hacia arriba cuando en sus riñones se apoyó algo cilíndrico.

—No seas idiota y no dispares, cretino —advirtió—. La poli nos pisa los tacones, y tú eres tan sólo el cretino de Pat.

Volviéndose, Marian Bellamy apuntó también con un pequeño revólver a Fox Colbert.

—Suba a, prisa, señor Colbert. No habrá malas consecuencias si comprueban que no es usted el lazarillo de Judas.

—Andando. Hacedme de lazarillos, pareja.

Ella, apresuradamente, señaló hacia un lado del rellano, y Fox Colbert con las dos manos entrelazadas en la nuca, avanzó más de prisa de lo que conminaba la pistola que Patrick Ryan apoyaba en sus riñones.

Penetró ella por el abierto quicio de una puerta al fondo del corto pasillo, y tras ella, Fox Colbert…

Cerró Ryan la puerta, adosándose en ella. Era uno de los reservados destinados a jugar al «*poker*».

No había ningún jugador. Sobre el tapete de la mesita de juego, había tres series de cinco cartas boca abajo.

—A su gusto, señor Colbert —dijo ella—. Si la policía toca en esta puerta antes de que hayan comprobado los nuestros el juego que usted se trae, lo sentiré por usted…

Se había sentado, conservando en la diestra el pequeño revólver. Fox Colbert se sentó frente a ella, y cogió los cinco naipes.

—Juego con una sola condición, y es la de que este tipo que tengo a la espalda, encañonándome, no se acerque. Realmente hace falta que os eche una mano. Estáis atascados. Completamente alocados. A punto de disparar si entran aquí Laforge y Parker. ¿Está a punto de estallar el barco?, ¿eh? Dame dos cartas, Adelfa. Llevo trío hecho, y voy a por la otra dama. Tú, precisamente tú y que se entere el que está a mi espalda. Si para *Baronet* valgo cero cincuenta, es que valgo mucho, porque no soltaría medio millón, si el casco no hiciera agua. Descártate, Adelfa. La partida va a empezar… o a acabar.

CAPÍTULO VIII

—Repite otra vez, Charley.

El interpelado, pequeño y endeble, sacó del estómago una voz que no era la suya. Un ventrílocuo excelente…

Porque fué la voz inconfundible de Fox Colbert la que dijo:

—La plebe desconfía de mí, Graham. Se han dado cuenta de que soy tu lazarillo.

Baronet se quitó el monóculo, y dispuso:

—Adelante, Charley.

En el despacho, herméticamente cerrado, el ventrílocuo marcó números en el disco telefónico. Consultaba lo que acababa de escribir *Baronet*, apenas se hubieron marchado Fox Colbert y Mirian Bellamy.

En el auricular, la voz de Carolina Despré, contestó:

—Graham Colbert duerme, señor Laforge.

El ventrílocuo conocía sobradamente el estilo de Fox Colbert. Replicó:

—Lo despiertas, sirena. ¿O qué va a pasar aquí?

—¡Fox! No, tienes nada que hablar con tu hermano.

—Llámale, o voy para allá.

Al otro lado, el ruido inconfundible de la ebonita chocando con una madera, seguramente soporte, estante o mesa.

Rodeando con la diestra la boquilla, Charley miró a *Baronet*, que colocóse el índice sobre los labios, aplicado al oído el supletorio.

Tardaron poco en oír ambos:

—Al habla, Judas.

—Aquí tu lazarillo. La plebe desconfía de mí, Graham. Se han dado cuenta de que valiéndome de mi fama, estoy buceando. He entrado ya en contacto con la australiana. Pero, poco voy a

adelantar. Están todos de uñas. ¿Qué hago, Graham?

—Pégate un tiro. Se lo ahorrarás a Laforge.

—¡No cuelgues! Va muy de veras, Graham. Todos están contra mí, y presiento que sacaremos más provecho, fingiendo, por ejemplo, que vosotros me andáis persiguiendo.

—¿No dijiste que no renegabas de la sangre que llevabas? Yo tampoco, pero desde la otra parte del campo. Tenía toda la razón Clemens. Tienes el alma envenenada. Te callaste que viste al que mató a Järrel, y nos insultaste a los tres, y a Carolina. Y te fuiste desafiante. Ahora… a tu estilo, Fox Colbert. ¡Apenca, canalla, apenca con los tuyos que te van a acribillar por Judas!

—¡Graham!

Cortaron la comunicación, y *Baronet* señaló con el índice el marcador. Charley volvió a marcar los números. Esperaron un instante, y oyeron:

—Al habla Carolina Despré.

—Dile a Graham que no hay truco. Que estoy acechado.

—Nunca creí que llegaras tan bajo, Fox. Ahora que te ves en peligro, ahora que los tuyos, esos que defendías con tanto orgullo ante el comisario Clemens, ante Laforge y ante tú propio… ¡Eres cobardemente repulsivo, Fox Colbert!

Apartaron a la vez *Baronet* y Charley los auriculares.

—Bien. Ya no hay duda. Telefonearé a quien corresponde. Puedes irte, y no lo olvides, Charley. Aquí no ha pasado nada… Soy generoso pagando, pero pago con intereses crecidos a los que se van de la lengua…

—Tengo yo muchas lenguas, pero la mía de verdad —dijo el ventrílocuo con su voz natural, cascada y asmática—: siempre se calla cuando trabaja a su servicio, señor.

* * *

—Abro con veinte pavos. Me debes ya ochenta, Adelfa.

—Tengo buena memoria. Deme usted tres cartas.

—Como tres soles. Lo que debe aburrirse el gorila ese. Te levanto el castigo, Pat. No sigas conteniéndote las ganas de pegarme un tiro, y siéntate aquí. Te dejo jugar… a cuenta del negocio de los diez millones.

—Voy bien donde estoy, tío listo —refunfuñó, desde la puerta, Patrick Ryan, brazos cruzados, pero apoyando en la juntura interior del codo izquierdo, la pistola.

Ni una sola vez se había vuelto, el que fué abriendo en pequeño abanico sus cinco cartas. No ligaban, aunque se declaró servido.

—Usted abrió con veinte.

—Para hacer la cuenta justa. Es mi última jugada. Le deberé doscientos, o me deberá usted ochenta dólares.

—¡Qué bien está de cuentas la que era tu novia, Pat! Te debo ochenta a cuenta del negocio, si tienes una pareja.

—Trio de…

Se interrumpió ella, porque por una puerta lateral aparecían dos individuos. Uno rechoncho y moreno, el otro más delgado y en cuya nariz había un rojo surco de cicatriz mal cosida. Este fué el que habló:

—Buenas noches, Fox. Me llamo Lloyd, y éste es Carson. Dice *Baronet* que si no te importa que nos reunamos todos, Gossip y Martens esperan. Vete delante, Patrick… por el camino de arriba. En la casa están dando vueltas gente de la policía, y los hay afuera también.

Patrick Ryan se fué por la puerta que habían abierto Archer Lloyd y Elmer Carson, los dos restantes supervivientes del «*Lady* Hearts».

Que a su vez salieron.

—Pistolitas, ¿eh, Adelfa?

—Puedes llamarme Maryan. Vámonos.

—¿A dónde?

—Ya te lo dijeron. A reunimos todos.

—¿Todos? ¿Quién es *Baronet* para mandar en mí?

—No se trata de mandos, Fox. Ni yo misma sé dónde quiere que nos reunamos. Pero recapacita… Ya tenemos ahora a Laforge, y pronto a toda la Fluvial encima. *Baronet* lo sabe. No puede venir aquí.

—Déjales que se las apañen. Vamos a jugar otra partidita mano a mano.

Ella en pie, apremió con angustia:

—¡Por lo que más quieras, Fox! Si no vienes, me echas a perder… —y se atajó ella bruscamente.

—¿Te echo a perder el uno por ciento o el cinco?

—Ellos se irán, si ven que no quieres tomar parte.

—Déjalos. ¿Qué son cero cincuenta, si entre tú y yo sumamos millones? Con tu imán y mi empuje, conquistaremos la gloria. ¡Sopla! El negocio debe interesarte mucho, cuando casi estás a punto de echarte de rodillas, implorándome. ¿Es que sin mí no habéis funcionado hasta ahora espléndidamente? ¿Qué falta te hago? Corre, corre tras tus compinches… Y por lo que más quieras, que debe ser un elevado tanto por ciento, no me digas que no puedes vivir sin mí. Doy flechazos, pero tú te has quedado insensible a mis prendas.

Ella se aproximó al que sentado crispó las mandíbulas, al sentir en rededor de su cuello el roce de las manos frescas, como si la angustia de perder un fruto sazonado, enfriara su piel.

Marian Bellamy aplicó sus labios contra los del que devolvió insistente, pero frío beso…

La apartó, levantándose.

—Aun como promesa futura, y sin pasión, me has escalofriado. Todo tuyo, Marian. Me estás enamorando.

Ella casi corrió hacia la puerta, y Fox Colbert atravesó tras ella otro cuarto idéntico al abandonado, donde esperaba Lloyd, que al verlos se encaramó por una escalera de asideras de cáñamo y delgados barrotes de acero.

—Esperamos en el «Coffin», Fox. La escalera es por ella.

Y Archer Lloyd desapareció por la abierta lucarna del techo. La escalera volvió a colgar, fláccida…

—No hay tanta prisa, Marian. Sé dónde y qué es el «Coffin». Es un rato listo este *Baronet*. Deja que tomen ellos la delantera. O va esto a parecer una procesión de ratas corriendo por los aleros.

—Sube y ayúdame desde arriba, Fox.

—Acepto tu pudorosa orden, pero me vas a dar el revólver.

—¿Porqué?

—Las ratas huyen, el barco arde. Puesto de otro modo. Si hay reunión general, y en su sitio como el «Coffin», es que la poli ya está demasiado cerca. Me agradaría tumbar a Laforge poco a poco…

—¡No!

—Bien, bien. Tengo mi cuchillo, y el de Pat además.

Tensó con su pecho Fox Colbert la escalera cuyos garfios estaban

aferrados al reborde de la pared, unos cinco metros más allá de la lucarna abierta.

Una terraza pequeña, de las que esquinaban el caserón de Jerry Robinson. Por ellas habían escapado repetidamente, jugadores tras una reyerta, antes de que la policía llegase…

Fué Colbert a apoyarse en el reborde junto a los garfios, que quitó, apenas en la terraza en tinieblas, se siluetó la australiana.

Con destreza de profesional, fué atrayendo y enrollando. A su lado musitó ella:

—¿Por dónde, Fox?

—Vete a cerrar la lucarna.

Obedeció ella, y al poco se apoyó de nuevo en el reborde.

—*Baronet* te lo explicará todo, Fox, porque yo sólo sé…

—Hay dos procedimientos para este viaje hacia «Coffin».

—Un nombre feo.

—Un féretro donde esperan los que van a darme a mí cero cincuenta de millón, es como un cofre forrado de raso y lleno de perlas. El camino más corto es bajar por la otra fachada, que da al «bayú»… y desde abajo nos tenderán un banquito los de Laforge. El camino más largo, pero seguro, es atravesar un par de azoteas. ¿Te llevo en brazos, primor?

—Puedo seguirte, Fox.

—Tu vestido saldrá algo deshilachado, pero nadie lo lamentará.

Diez minutos después, llegó Marian Bellamy al lugar donde Fox Colbert llevaba casi el mismo tiempo, esperando.

Junto al inclinado techo de la caja de escalera, tres azoteas más allá del «Fifty». Y al lado de Fox Colbert, había un hombre empuñando una escopeta de caza, cuyo cañón ojeaba al aventurero.

—¿Lo ve, abuelo, como no miento nunca? No soy un ladrón de ropas en tejado. La verdad es la que le he dicho. A usted le alarmaron los pasos, y cumple con su deber de ciudadano, pero esta señorita, y lo es a carta cabal, es mi novia. Hubo un grosero que la insultó en el «Fifty» y lo que pasa, abuelo… Tortazos, la gente que se interpone, la policía que es avisada, y era un compromiso para ella, cuyos padres no saben que estaba conmigo.

El de la escopeta miró a Marian Bellamy, Bajó el cañón de su escopeta, y dijo:

—Que le sirva de escarmiento, joven… Les acompañaré hasta la

calle, pero a ver si escarmienta. Esta juventud…

Bajaban las escaleras, y dijo ella:

—Si salimos por la fachada principal…

—Saldrán por el patio, que da a la otra calle.

Paternalmente, el inquilino del ático, ondeó la mano hacia la pareja que atravesando el patio, se le antojaba digna del estrellato en la más romántica película.

En la estrecha calle posterior, acabó ella de sacudirse las manchas de cal del metálico azul sedoso de su vestido.

—¿A qué esperamos? —musitó.

—La gente pasa, y pasará algún coche de alquiler. Cuando el viejo asomó, tuve que abandonar la escalera. Le habría parecido raro eso de la pareja huyendo, y ya con la escalera bajo el brazo, tan prevenida… ¡Ey, cochero!

El coche de punto, vetusto, pero tirada por joven potro, chirrió en sus muelles arrimándose a la cera.

Se introdujo ella rápidamente en el pequeño compartimiento, albergue de muchas parejas huyendo del mundanal ruido.

—Beauregard, sin prisas, cochero.

Arrancó el caballo, y la caja charolada se bamboleó, acreditando la flexibilidad de las ballestas. El interior acolchado, era muelle y completamente obscuro.

—¿Podríamos encender la luz, no, Fox?

—Y el cochero sospecharía. ¿Una pareja claramente definida en varonil prestancia y enigmática fémina arrolladora, encendiendo la luz? No se estila en Nueva Orleans, sobre todo cuando se coge un carricoche. La luz en los taxis. Queda mejor vernos así, de reflexión, y a relámpagos, cuando el farol de turno, pasa al trote suave junto al coche. En el tren, siempre discuto lo mismo. ¿Son los postes telegráficos los que correr, o es el tren?

—Blasona usted de sangre fría, pero yo estoy desesperada. Si tardamos, se irán.

—Creí que eras la jefa.

—Por favor, Fox… lleguemos cuanto antes al «Coffin».

—Si no me han pegado el tiro, y se han molestado en enviarnos mensajeros del «*Lady* Hearts», es que me necesita el jefe. Ya podían haberme dicho que estaban en la partida, Gossip y Martens. Vaya gentuza… Callándose conmigo.

—No son de la partida… Los alistó *Baronet*, por recomendación de Pat. No vamos a llegar nunca.

—Ahora lo comprendo. Fueron Gossip, Martens y otro par de tunantes, los que le dieron la paliza a Judas.

—Fueron ellos dos, y un tal Charley.

—¿Por qué estabais encallados?

—Esta misma noche me dijo *Baronet* que estaba ya resuelto todo, pero que les faltaba uno que supiera tripular una lancha motora con el suficiente arrojo para engañar a la Fluvial y disparar si es preciso.

—Vamos… Ya entiendo. Ellos tienen que escapar, y necesitan quien les cubra la retirada.

—Sí. Ellos mismos telefonearían a la Fluvial, de acuerdo con el que en la otra motora, por medio millón, dejaría que le persiguieran, mientras los demás se irían a cubierto.

—Los de la Fluvial no dejarán salir a ninguno del «*Lady* Hearts» ni por río ni por aire.

—Dice *Baronet* que a la denuncia anónima con detalles que la policía ignora, la Fluvial se lanzaría tras la lancha denunciada.

—¿Y toda la plebe se iría por otro ramal del río? Me extraña que *Baronet* sea tan majadero. Es un plan idiota. ¿Quién va a aceptar un medio millón que no podrá estrenar ni en un centavo?

—Martens y Gossip dijeron que sólo había un piloto capaz de hacerlo, y de llevar mucho tiempo tras su estela a los de la Fluvial. Usted.

—La obscuridad te vuelve muy respetuosa conmigo, Marian.

Levantando el brazo, repicó Colbert en el techo. Se abrió una pequeña porción.

—Congo Street, cochero. Al mismo trotecito.

Se cerró el «oidor».

—Según dice *Baronet*, uno que conozca todos los ramales del estuario, puede maniobrar de forma que alguna de las lanchas seguidoras, se embarrancase. Las otras seguirían… a la que continuase escapando.

—Y entonces, indicado el sitio por mí, ellos saltarían encima del pellejo a los policías que estuvieran intentando desfangar la carena, y sacar la lancha a flote de nuevo. Ya no está tan mal. Serán otros de la Fluvial. Distintos perros con el mismo collar. La lancha de la Fluvial con los disfrazados de policía, ya tendría libre salida a mar

libre. No hay prisa. Me esperan, no te quepa duda, y saben que si salí el último, he de llegar el último, pero llegaré.

—Son diez millones, los que el «*Lady* Hearts» cargó en Buenaventura.

—En esta escala dijo Pat que embarcó una morena sudamericana que ellos llamaban Chola, y que permaneció en el camarote del primer piloto.

—Esto no me lo ha dicho *Baronet*. Fué el primer piloto; yo le conocí. Se llamaba Fulton… y por él supe que…

—Hay que decidirse ya, Mirian. Habla claro, y podemos ir a medias. Te manda *Baronet* para hablarme de cero cincuenta en un botín de diez. Me sacas un lindo juguete en complicidad con Pat…

—¿Irías… a medias conmigo, si damos con el sitio donde escondieron ellos los lingotes?

—¿Quiénes son ellos?

—Ya he hablado bastante. Sea lo que sea… *Baronet* te espera, y tú tienes fama de no traicionar a los tuyos.

—De acuerdo, nena. A medias… si logro averiguar dónde esconden el alijo, pero ¿es que crees que me lo van a decir? ¿Si no te lo dijo a ti Pat… ni lo sonsacaste a *Baronet*…? Vamos a empezar por el principio, Marian.

Volvió a pegar en el techo. Y dijo al invisible cochero muy acostumbrado a, cambios de itinerario, desde un punto a otro de la ciudad antigua:

—Al Parque de Soto.

Ella murmuró:

—Van a sospechar si llegamos demasiado tarde.

—Tuvimos que despistar a Laforge, y después permanecer un largo rato en el andén Norte, y por fin, los despistamos. Llegué a pensar que tú eras la que embarcó en Buenaventura.

—No.

—Dices que fueron tres lo que aporrearon a mi… a Graham. Y él aseguraba que eran cuatro. ¿Era Pat el cuarto?

—No. No sé quién pudo ser el cuarto. Este paseo así… nunca lo podré olvidar… No sé si debía haberte hablado…

—Lo sabrás pronto, Marian. Hemos quedado que tú no te pusiste peluca negra, ni te embadurnaste la piel con «Brunisol». Para bien o para mal, estamos en el mismo coche. Voy a sentirme preguntón.

—Cinco millones cada uno, Fox… Es para volverse locos; ¡cinco millones en puro lingote cada uno de nosotros dos!

—Que están en un sitio que no sabes, y que si me quieren emplear como válvula de escape para conseguir lancha de la Fluvial, nunca sabré dónde están.



Volviéndose Marian Bellamy, apuntó también con su pequeño revólver…

—Pero ellos me llevarán en la lancha de la Fluvial… y cuando tú

te reúnas con nosotros…

—Tu candidez es a instantes, estremecedora, vampiresa.

—Yo no consentiré que ellos te traicionen.

—Gracias por protegerme. Ya veré por dónde sopla el viento, si tú ahora te defines claramente y sin engaños.

—Yo actuaba en una sala de espectáculos de Sydney, cuando conocí a Thomas Fulton, primer piloto del «*Lady* Hearts», recién atracado. El creyó que yo era una mujer fácil… Se equivocó y creyó estar enamorado. No era mal muchacho. Se tomó en serio lo que le dije para que renunciara a su asedio.

—¿Que se hiciera multimillonario y regresase con una licencia de aspirante a marido?

—Le dije que yo sólo me casaría con un hombre que reuniese tres condiciones: inteligencia, simpatía y por lo mínimo dos millones. Añadí que no tenía que ser ni guapo ni muy feo. Lo tomó en serio, y me dijo que sí yo tomaba el avión y le iba a esperar a Nueva Orleans me respondía al menos de dos millones. Me reí… y se acaloró.

—Tienes una risa que pondría al rojo candente una nevera.

—Dijo que no podía revelarme los detalles, pero que su capitán y él, tenían en el viaje hacia Nueva Orleans, la ocasión de hacer la más increíble fortuna. Que en un puerto colombiano les confiaban una carga, y que el capitán Ruston y él, se repartirían exactamente diez millones en lingotes de oro.

—Volviste a reír.

—No, porque había algo indefinible en él, que me hizo presentir que decía verdad. No era un marino contando fantasías. Le prometí esperarle en Nueva Orleans, y él me dijo que me alojase en «La Puliche».

Se lo prometí, y me creyó. Ni siquiera rozó mi mano. Embarcó, y yo por curiosidad me informé en una naviera, de la ruta y carga del «*Lady* Hearts». Cuando supe que había ya zarpado de Buenaventura, puerto colombiano, tomé pasaje en el avión. Llegué a «La Puliche» y me contrató *Baronet*. Yo no le conocía de nada. Leí en la Prensa el naufragio del «*Lady* Hearts» a poca distancia de la costa, y los nombres de los supervivientes. Cuando leí que habían muerto dos de ellos, en circunstancias misteriosas, y que los demás se alojaba en «La Puliche», empecé a creer que Fulton no había muerto

normalmente. Entonces fué cuando me decidí.

—¿A sonsacar a Patrick Ryan?

—Eso es. Le dije tan sólo tres palabras.

—«Lingotes de oro».

—Y Ryan adelantó las manos como si me fuera a estrangular. Abandonó el palco, y poco después entraba *Baronet*. Muy atento. Me dijo que gozaba de la plena confianza de Patrick Ryan. Yo ya había imaginado el mejor medio. Dije que el piloto Fulton me lo había contado todo, salvo lo que no podía prever. El naufragio. O que no me quiso contar. Y que yo tenía escrito cuanto me contó Fulton. Estaba en una caja fuerte, de un banco australiano. Que abrirían si mi ausencia de noticias o sea, mi fe de vida, fallase en los plazos que inventé y que no especifiqué… Como puedes apreciar, no te oculto nada.

El coche se detuvo y el cochero agradeció que no hicieran caminar más al caballo.

Cerca del parque Hernando de Soto, se erguía la catedral de San Luis y el cementerio clásico de Nueva Orleans: el «de superficie».

Una consecuencia natural del subsuelo mal drenado de la ciudad, son sus tres cementerios, donde los túmulos de ladrillos, están recubiertos de estuco, mármol o granito.

—El cementerio inglés, es el que llaman los de la plebe, «Coffin». Sigue, Marian. Cuando bajemos del coche, estaremos a poca distancia de «Coffin».

—*Baronet* me dijo que en vista de mis sabías precauciones, yo tendría mi parte, tan pronto se decidiera a hablar Ryan, o cualquiera de los otros cuatro. Me olvidé de decir que apenas *Baronet* anunció que gozaba de la plena confianza de Ryan, me invitó a ir a su despacho. Y llamó a Ryan, que vino con los otros cuatro. Dijo *Baronet* ante ellos, que yo tendría, mi parte proporcional en el reparto, aunque si no hablaba pronto cualquiera de ellos, confiándose a él, su protección no podría evitar que otro más se ahogara en el charco «Trulafin». Patrick Ryan dijo que cuando encontrasen ellos al que había matado a sus dos compañeros, entonces revelarían a *Baronet* el escondite de los lingotes. *Baronet* pareció conformarse. En otra entrevista, muerto ya Linkermann, y reunidos ellos de nuevo con *Baronet*, éste dijo que no tenía la menor idea de quién plantaba el cuchillo, pero que podía

muy bien ser algún superviviente del «*Lady* Hearts», que no constaba como tal, sino como hundido con el barco. Dijo que podía a lo mejor, ser Alex Ruston. Un pánico profundo invadió a los cuatro. Pero persistieron en negarse a hablar, mientras no encontrasen al que mataba…

—Ya basta, Marian. Del resto me entero yo, porque tienes la garganta seca y yo el oído taponado.

—Sé que tú… no me…

—Cállese, señora. Tenemos un fortunón a medias, si le doy las debidas vueltas al timón.

Bajó del carricoche, pagó, y ambos se internaron por el parque. Ella tembló cuando llegaron a la alameda donde una de las verjas, por entre sus filigranas de bronce, dejaba entrever la alineación de casitas diminutas, el poblado fúnebre, última residencia de súbditos británicos.

CAPÍTULO IX

—Un camposanto es el único lugar de la tierra, donde no hay nada que temer, Marian. Yo nunca lo hubiese elegido como lugar de tertulia, y menos en estas pálidas horas que no son noche ni son madrugada. Eso que oyes es susurro de río. Los muertos, reposan. Si me callo será peor. Y esta alameda tiene la ventaja de no ser transitada a esta hora. No chilles si ves una sombra acercarse. Será un enviado de *Baronet*, porque el «Coffin» es aquel parque de túmulos, pero no vamos a recorrer tumba por tumba, llamando en la lápida, pidiendo permiso para entrar. No lo digas, ya lo sé… Es humor de pésimo gusto, pero no es por mi culpa. Yo no elegí el «Coffin», si bien es un lugar donde ningún policía vendrá a asomarse, salvo si han pescado a alguna de las ratas.

Permanecía ella muy adherida al costado de Fox Colbert, en la acera de la avenida escasamente iluminada, a tres pasos de la cerrada verja.

Fué como un graznido de gaviota el que pareció brotar en un punto indefinible.

—Gossip o Martens —dijo Fox Colbert.

A su vez, emitió la que era una de las tantas señales de la marinería del estuario.

En la verja, una sombra se agitó. No hubo el menor chirrido. Marian Bellamy, cerrados los ojos, siguió al que andaba, porque con pánico indomable, no quería ver, sino dejarse conducir, asida con las dos manos, al bíceps izquierdo.

Crujió la grava bajo sus zapatos. Tropezó y casi fué alzada en vilo por el mismo brazo al que se aferraba.

—Dos escalones, y la confortable casa del guarda.

Abrió ella los ojos. Un recibidor casi hogareño y un desconocido

que consideró necesario presentarse:

—Es mi casa, y soy el guardián nocturno. Allí les esperan. En el invernadero.

Soltó ella su presa, y Fox Colbert la dejó resbalar a su costado, quitándole el brazo del talle.

A la derecha del recibidor, una puerta abierta por cuyo estrecho marco llegó Colbert a un pasadizo que descendía en amplios peldaños de poca altura.

Marian Bellamy iba recobrándose, pero su voz sonó un poco estridente:

—Por fin, ya hemos llegado.

El pasadizo viró, dando acceso a una espaciosa y abovedada sala, que a media altura tenía franjas de cristaleras, algunas de ellas abiertas, para airear aquel invernadero, subterráneo en su mitad.

Unos tabiques de cristal opaco, de una altura de dos metros, subdividían en diversos compartimientos el lugar destinado a la floricultura apropiada.

En el primer compartimiento, en pie, *Baronet* señaló un rústico banco. Se sentó muy voluntariamente Marian Bellamy.

—Tuve que cerciorarme de que todo iba bien contigo, Fox. Los demás están durmiendo… o lo intentan. El guardián hace ya tiempo que aceptó reservarme este sitio por si alguna vez lo necesitaba. ¿Te puso ya Mary en antecedentes?

—Mientras despistábamos a Laforge o alguno de sus satélites, he sabido que hubo un piloto Fulton que se fué de la lengua, y que habló de lingotes por diez millones. Pero no me gusta que me cuenten las cosas las mujeres, *Baronet.* Prefiero oírlas de ti, que no eres ni hombre ni mujer. Se está bien aquí dentro. Suave perfume, habitaciones individuales, y reservado el derecho de hospedaje. ¿Qué cuento es ese de un barco llevando lingotes? Me lo he creído a medias, porque andabas tú metido.

—Es que ella sólo lo sabe a medias. Es ley que sepas cuanto yo sé.

—Es ley, asegurarte de que el guardián no consiga que nos copen en este jardín artificial.

Y Fox Colbert se sentó junto a Marian Bellamy, mientras *Baronet* señalaba con el pulgar hacia lo alto.

—Por si acaso, le vigilan dos. La organización es perfecta.

—Entonces, ¿por qué me vas a regalar un cinco por ciento?

—La terca resistencia de Ryan y los otros seis, ha ido precipitando los acontecimientos. El motín a bordo y hacer naufragar nave, equivale a la horca. Este temor obligaba a que se callaran, y por otra parte era preciso que la policía estuviera intrigada. Cuando murió Marquette, empezaron a sentirse asustados. Cuando le pasó lo mismo a Stevens, ya estaban alocados. Acudió Ryan a pedirme consejo, pero sin soltar prenda. Cosas vagas. Murió Linkermann.

—Máquina atrás, *Baronet*. Entre las cosas vagas y la muerte de Linkermann, hubo la gran paliza. ¿Era también parte del plan?

—Parecía que Graham Colbert sabía ya demasiado, y lo hubieran ahogado, pero se salvó. Y resulta que no sabe nada.

—Está igual que yo, entonces. Es de ley entre nosotros, si vamos a emprender asunto, donde ya ha habido exceso de muertos, dejarlo todo bien sentado. Aceptaré o no aceptaré, pero yo no embarco sin saber dato por dato.

—Es de ley. A bordo del «*Lady* Hearts», sólo el capitán y el primer piloto sabían que en Buenaventura, los cascos con caucho y fibras, contendrían lingotes por valor de diez millones. También fraudulentamente se introduciría a bordo, la que había proporcionado al capitán esta ocasión. Ruston no podía, actuar sin aliarse con Fulton. Ven, Lloyd.

Los tabiques de cristal opaco tenían un panel que corría a un lado. Apareció Archer Lloyd.

—No nos cuentes tu infancia Lloyd. Únicamente lo que interese a partir de Buenaventura.

—Ryan había hecho su pequeño contrabando, en Buenaventura, ocultando unas esmeraldas de poco precio, por si aquí las podía hacer pasar por buenas. Las escondió en uno de los sacos de fibra cuando iba siendo efectuada la carga.

—No es costumbre, Lloyd.

—Pero es que a Ryan le pareció que estaba muy vigilante el piloto, y no iba a poder introducir a bordo, encima de él, la cajita. Después, una noche, se deslizó en la cala de fibras, y encontró lingotes amarillos. Cogió uno, y nos convenció a los que ya sabes.

—A los cuatro muertos, y a Carson y a ti. ¿Os convenció de qué?

—Reducir al resto a los hierros, meter en un bote los lingotes, y

llevarlo a remolque. Fingiríamos un naufragio. Instaló Järrel la carga explosiva con mecanismo añadido de un despertador, a ras de la línea de flotación, y quitándoles los hierros echamos al mar a los demás, dándoles, primero con un calabrote en el cráneo. Ryan marcó al telégrafo la señal de socorro, diciendo que habíamos chocado con una mina, y nos hundíamos de proa, cinco minutos antes de la explosión. Se empeñó Marquette en llevarse a la colombiana.

—El barco estalló, y adelante, Tocásteis tierra.

—Antes escondimos el oro. Y la colombiana se escapó…

—Antes de tocar costa escondisteis el oro. Una de las tantas islitas, y en ella se escapó la colombiana. ¿Volando?

—Marquette regresó diciendo que la había despeñado, y en efecto, la vimos en el bajío entre las rocas, como muerta, pero sólo fué después cuando…

—Empezasteis a pensar que Marquette y la Chola se habían puesto de acuerdo. Llegasteis a Nueva Orleans, y os creyeron.

—Cuando murió Linkermann, ya estábamos convencidos de que alguien se había salvado, y de este modo nos daba a entender que tendríamos que descubrir el escondite.

—La Chola ya lo sabía, ¿no?

—Ella no estuvo en el lugar donde escondimos el oro, sino que fue antes, en otra isla, donde Marquette la mató o hizo ver que la mataba. No lo sabemos. Acudimos a hablar con *Baronet*. Era imposible decírselo todo. Pero sí que estábamos dispuestos a pactar con el que mataba… si él lograba averiguarlo.

—¿Por qué Gossip y Martens fingieron ser policías?

—Lo recomendé yo —intervino *Baronet*—. Convenía ya llegar a pronto acuerdo, una vez Marian me informó a mí, de lo que éstos no querían decirme, por miedo a la horca, o a que yo me quedase con la totalidad, si revelaban el escondite. Y era preciso que lo restantes desaparecieran, pero Järrel escapó, enloquecido ya…

—Cualquiera se vuelve loco.

—Le dió caza Gossip, arrojándole el cuchillo, cuando ya…

—Me lo sé, querido. Ya está medio entendido. La otra mitad que no está clara, significa que alguien, engaña a alguien. ¿Quién mató?

—El que esperaba aquí los sacos de fibra y caucho quería hacer hablar por temor a estos tercos, a los que las muertes de Marquette

y Stevens, elegidos en circunstancias favorables, les hicieron creer que sólo podía tratarse de Ruston o su primer piloto… o tal vez Chola.

—Diez millones en lingotes, ¿qué Banco los prestó?

—Acumulación lenta por envíos desde mil novecientos cuarenta y uno a cuarenta y cinco, verificados por japoneses, a uno de ellos residente en Colombia. Y éste fué el que por medio de Chola se aseguró la complicidad del capitán Ruston y de Fulton, para introducirlo en Nueva Orleans al resultarle imposible convertir en moneda su oro en Sudamérica.

—Cosa que tú, *Baronet*, sólo puedes saber por Ruston, Fulton o Chola. Persisto en que alguien engaña a alguien. Las cosas, cuanto más las queréis complicar, peor resultan. A lo mío. ¿Qué tengo que hacer para ganarme los correspondientes lingotes?

—Desde este invernadero se llega a las márgenes del río. Hay una motora preparada. La Fluvial será avisada, y te perseguirán. Sitúame en este plano el lugar exacto donde puedes conseguir que embarranque una Fluvial, y allí esperaremos.

—¿Quién irá en la motora?

—Tú.

—¿Por qué no todos? Es mucho más sencillo.

—Nos coparían. Y sólo podemos salir con una que haya embarrancado.

—Hay mil medios de salir, sin este recurso, que tiene varios fallos. El primero y más importante, es que aun no sé quiénes son los que substituirán a los de la Fluvial, y cómo voy a cobrar.

—Yo, Ryan, Lloyd, Carson y Gossip con Martens. Y Marian. Cobrarás apenas lleguemos al lugar donde escondieron ellos el oro.

—Suponiendo que allá no esté esperando el remitente y destinatario, que nos barrerá a tiros.

—No puede esperarnos nadie, porque sólo estos tres saben dónde está el escondite. Me refiero a Ryan, Carson y Lloyd.

—Hay pues dos personas que no están aquí. Una es Chola.

—Se reunirá con nosotros y pronto.

—¿Y aquél a quien llevaba o fingía llevar Ruston el oro, dónde está?

Baronet se limitó a tocarse el pecho.

Capítulo X

Carolina Despré fué a abrir. John Laforge había ya telefoneado, y en el saloncito le esperaba Graham Colbert.

—Desde las once y media, se ha perdido la pista de toda la banda, Graham —declaró John—. Ya no cabe duda de que forman banda con *Baronet*, los tres que quedan del «*Lady* Hearts», Gossip y Martens. Tu hermano iba con la artista australiana, y ambos se han esfumado del «Fifty».

—Pretenderán escapar de la ciudad.

—Están vigiladas, las carreteras y ferrocarriles. En cuanto al río, he venido a discutir contigo el mejor medio de bloquear las salidas. Por el Norte es sencillo, con la barrera habitual, pero en el estuario hay cuatro bocanas.

—Las que abren sobre los ramales. Y es casi seguro que pretenderán huir por uno de ellos, hasta alcanzar la costa. He estado pensando que muy posiblemente el «*Lady* Hearts» llevase un contrabando fuerte que los siete supervivientes escondieron antes de presentarse a la Comandancia Mercante.

—Ésta es nuestra idea también, Graham. Y por esto mismo, las muertes sucesivas quedan explicadas con un método destinado a aterrorizar a los que iban quedando, para decidirles a confiarse en alguien y revelar el sitio del escondite.

—¿Este alguien…?

—Puede ser *Baronet*, puede ser tu hermano.

—No sería la primera vez que los que pretenden salir de Nueva Orleans por el estuario, acuden a él. Conoce como ningún piloto, todos los bajíos y calados.

—*Baronet* tenía una lancha, y desde que falta de su local, también la lancha ha desaparecido. La Brigada de servicio ha

recorrido los embarcaderos y toda la zona sin hallar rastro de la lancha. Pero no ha podido aún abandonar la zona, porque en la bocana tercera y cuarta, tenemos un «barraje» de lanchas.

—Pudieron escapar por las otras dos bocanas, pero son peligrosas, y hay sitios donde embarrancarían.

—Salvo si Fox les pilota —objetó Laforge.

—¿Has pensado que pueden tomar pasaje clandestino a bordo de algún barco que zarpe?

—Los registran a fondo en la tercera bocana, y en la cuarta, las dos vías naturales. Y es indudable que si ahora han desaparecido es que ya han llegado a un acuerdo, y se disponen a recoger el contrabando.

—Forzosamente caerán en la red, si no hay un falló en tu servicio de «barraje».

—No podemos disponer de suficientes lanchas para bloquear los cuatro ramales, Graham.

—Coloca un servicio de tierra a la entrada de las dos bocanas por donde sólo navegan los lanchones planos.

—Pero si ven pasar una lancha sospechosa, mientras das el aviso, tienen tiempo de escapar los otros. Parker está patrullando por el trecho más próximo a la entrada de la tercera.

—También es posible que sabedores de que estás sobre ellos, dejen, pasar algunos días porque supondrán que esta noche habrás hecho redoblar la vigilancia.

—Es muy posible. Bueno, me voy. Tan pronto haya novedad, te la comunicaré. ¿Te importa que telefonee si hay algo nuevo?

—En absoluto. No tengo sueño, y además, Carol, atiende al teléfono. Es una secretaria eficaz.

John Laforge se marchó. Graham Colbert permaneció en su sillón, pensando que todo estaba ya a punto de terminar.

* * *

—¿Tú? —exclamó Fox Colbert, mirando con incredulidad a *Baronet*.

—Hace más de un año. Vino a mi local, una extraña pareja. Él se decía hawaiano, pero era japonés. Había sido alguien en el servicio secreto de su tierra, pero su afición le indujo a coleccionar joyas,

monedas y objetos de oro, que hacía fundir en lingotes, unas preciosas barritas de cinco kilos. Las remitía aun compañero suyo residente en Colombia, al cual, como recompensa, lo hizo matar, al terminar la guerra. Fue listo. Le hizo matar el mismo día en que terminaba la guerra, para evitar que el otro se escapara con el oro acumulado.

—¿Avisó, a quién?

—A su amiga, la que éstos llaman Chola. La tenían, junto al otro, para cerciorarse de que depositaba el oro en sitio seguro, y de que el otro esperaría Hasta el fin de la guerra. Y entonces la que éstos llaman Chola, mató al depositario, y esperó a su amigo, con gran fidelidad.

—¿Sigue la fidelidad?

—Los dos vinieron a alojarse aquí. Empezaron a comprobar mi prestigio. Ella me sondeó, y por fin, les dije que el capitán Ruston era el más apropiado para hacer el transporte que ellos necesitaban. Pero que en Buenaventura, y para evitar tentaciones, uno de ellos dos subiera a bordo, y mantuviera diaria comunicación por radio con el otro. Medida que denunciaría a Ruston, si cesaba la comunicación. Se ofreció la amiga del japonés, para subir a bordo, disfrazada…

Miró Fox Colbert a Marian Bellamy, que parecía dormitar.

—El japonés se ocupó de verificar que la carga estuviera en orden, bien empaquetada entre fibras y caucho. Después cogió el avión, y vino aquí.

—¿No decías que tú eras el que esperabas la carga?

—Naturalmente, porque el japonés murió.

—¿Viruelas?

—Le falló el cuchillo que iba a clavar en la nuca de Hans Linkermann, porque fué él el autor de las dos primeras muertes. Tuvo que ser Gossip quien terminara con Linkermann. El japonés había resbalado. El «bayú» es muy falso en ciertos sitios.

—Mucho si el guía es Gossip. Seguramente se equivocó, y de pronto el japonés se vió sumergido hasta el cuello en el barro movedizo.

—Gossip no pudo salvarlo.

—La amiga del japonés se pondría furiosa, ¿no?

—Me prefiere a mí —dijo, modestamente, *Baronet*—. Ahora ya

lo sabes todo, Fox. ¿Quieres señalar en este plano, el sitio donde tenemos que esperar que embarranque la Fluvial, al perseguirte?

—La primera y segunda bocanas tienen un paso estrecho, pero si se sortean los fondos, se puede llegar a la costa.

—Para esto te elegí, Fox. Señala un sitio, y esperaremos.

—La situación es evidente. Ryan, Lloyd y Carson, tuvieron a la fuerza que pactar contigo. Tú has elegido a Gossip y a Martens, como auxiliares, que te desembarazaron del policía Colbert y del japonés. Es mucho oro, diez millones, *Baronet.* Debemos todos estar seguros de no resbalar…

—Ryan, Carson y éste, desconfían entre sí. No se quieren separar. Saben también que sólo pueden llegar a la costa, si tú nos llevas. Gossip y Martens me protegen a mí. Todo está claro. Los tres marineros que quedan, conservan la vida porque saben dónde está el oro, y nosotros estamos seguros, porque ellos saben que les llevaremos a la costa.

—O sea que formamos un equipo compacto y confiado. Bien, yo iré con Maribel en la lancha. En este punto —dijo, señalando en el plano— que conocen Gossip y Martens, arrimaré de modo que embarranque la primera que me persiga. Desde aquí hasta este punto, no tardaréis más de media hora. Yo meteré marcha a la motora, dentro de media hora exacta. Este punto que te he señalado es de la cuarta bocana. Tendréis que buscar o recoger por el camino, unas cuantas «deslizadoras». Gossip y Martens ya saben lo que son. Unos troncos para desembarrancar del lodo. Se le dejan unas ramas que sirven de picas.

—Tengo que avisar a alguien, Fox.

—Supongo que será a Chola. Supongo también que la lancha que me has dejado, será rápida.

—El mejor motor del río. Es mi lancha.

—Es buena. Tan pronto os apoderéis de la Fluvial, seguid con cuidado mi estela, aunque ya una vez tengamos la Fluvial, ¿qué falta hacen las dos lanchas?

—Llevaremos la mía a remolque, y el resto hasta la costa viajaremos tranquilos.

—De acuerdo.

Baronet abandonó el compartimiento yendo hacia el pasadizo, mientras Archer Lloyd se retiraba donde esperaban Ryan y Carson,

que se mantenían apartados.

Susurró Lloyd al llegar junto a Carson:

—*Baronet* era el del oro. La carga iba para él. No nos perdonará y cuando estemos allá esperando…

Patrick Ryan, que se había acercado, rebatió secamente:

—No hay tal. Nosotros les llevamos al sitio que no conocen, y nos necesitan como les necesitamos. Eso es todo.

—Bien hablado, Pat —terció, entrando, Fox Colbert—. Me necesitáis sólo a mí.

* * *

En la casa del guarda, *Baronet* afirmó con una cabezada a la muda interrogación de Gossip y Martens.

Mientras marcaba números en el teléfono, aclaró:

—Ya está. Fox ha señalado el Claro del Cañaveral.

Esperó unos instantes hasta oír la voz de Carolina Despré, que inquirió:

—¿Es usted, señor Laforge?

—Todo a punto. A las dos y media, en el Claro del Cañaveral de la cuarta bocana.

Baronet colgó el aparato.

* * *

Carolina Despré permaneció unos instantes con el auricular adherido a la oreja. Fingió escuchar algún tiempo. Miraba su reloj de pulsera. Las dos menos cinco…

—Muy bien. ¿Quiere que se coloque Graham al aparato? Muy bien. Buenas noches, señor Laforge.

Colgó, y acercándose al sillón en que Graham Colbert dormitaba, comentó:

—Tienes sueño, Graham. Debes acostarte.

—Será mejor. ¿Qué te dijo Laforge?

—Que se iba a dormir un rato, porque no hay novedad, ni parece que la habrá.

—Es casi seguro que no decidirán escapar esta noche. Iré a

dormir yo también. Buenas noches.

No necesitó Colbert del apoyo que ella le ofrecía. Tenía ya estudiado el camino hasta su alcoba, en la Que se encerró.

Carolina Despré cerró con ruido la puerta de su habitación, pero manteniendo presionado el muelle.

Aguardó unos instantes, y abrió suavemente. Se había descalzado. Atravesó sin el menor ruido el salón y el recibidor, e hizo girar con suavidad el pomo de apertura de la puerta exterior.

Fuera, volvió a colocarse los zapatos, y poco después un taxi la conducía al poblado de los leñadores del «bayú», sito en la ribera, en uno de cuyos trechos los cañaverales se esclarecían mucho junto a fangosos bajos…

* * *

Baronet se encogió de hombros a la pregunta de Gossip.

—La australiana, tan pronto estemos en el sitio del escondite, bastará con enterrarla. Tú te cuidas de Ryan, que ya me ocuparé yo de Carson. Tú, Martens, de Lloyd. Os habréis ganado decentemente vuestro cinco por ciento.

Bajaban por el pasadizo, cuando sucedió lo que *Baronet* no esperaba. Una deslealtad en Fox Colbert.

Verle aparecer en la revuelta final, y tras él, a Patrick Ryan y Carson, le produjo un asombro infinito.

Gossip y Martens se encorvaron rápidamente, pero ya entraba en acción el atlético aventurero, y se abalanzaban tras él, Ryan y Carson, apareciendo Archer Lloyd que sujetó por los codos, en salto prodigioso a *Baronet*.

Las imprecaciones y blasfemias duraron poco… Sangrante una comisura de la boca, Fox Colbert pegó un rodillazo a Gossip en pleno rostro, mientras sacudiendo por las solapas a Martens, reiteraba su cabezazo en el cuello.

—Vuestros —dijo—. Y a cumplir como los buenos. Os tenían aterrorizados, ¿no?

Empujó a Martens, soltándolo. Hacia éste se dirigieron Ryan y Carson, mientras Lloyd, soltando a *Baronet* en cuyo hombro posaba Fox Colbert la mano izquierda, alzada del suelo a Gossip.

—¿Era así, *Baronet*, como golpearon éstos a Graham Colbert?

Los tres marineros empleaban con la izquierda una matraca, hecha de un calcetín relleno de arena en su puntera.

Gossip y Martens entrechocaron, mientras los tres marineros pegaban con saña.

—Les he prometido pasaje libre y sin reparto con estos dos, si los dejan bien tundidos, ¿comprendes, *Baronet*? Sin matarlos, pero dejándoles tullidos, hasta que les lleven a la horca por las muertes del japonés, y los otros. Te cae un poco de baba, *Baronet*… No hagas eso, *Baronet*.

El francés deslizaba su diestra hacia el bolsillo… Fox Colbert le dio un bofetón suave, casi amistoso.

—Quieto, *Baronet*. Les convencí al instante, a éstos, de que yo sólo les llevaría al sitio, pero tú y estos dos, los que matasteis al japonés, ¿ibais a repartir? Eres un tipo muy traicionero, tú, *Baronet*.

—Tú… tú… —balbució lívido el francés.

Introdujo la diestra en su bolsillo, con fuerza rabiosa. Su brazo permaneció inmóvil, asido por el codo, desde atrás.

Lo alzó Colbert apoyándole la otra mano en la espalda… Lo sostuvo unos instantes en alto…

Los otros tres, cansados de pegar, limitábanse ya, a aplicar puntapiés a los ensangrentados y magullados Gossip y Martens.

Horrorizada, Marian Bellamy, se cubría el rostro con las manos.

Baronet cayó de plano sobre la espalda. Un puntapié le quebró el codo, y la mano que empuñaba la pistola, la soltó…

Permaneció quieto, imposibilitado para levantarse.

—Ponte en pie, *Baronet*. ¿Conque dirigiste la paliza? ¿Qué tal sabe recibirla? Y pensar que te quedas sin un centavo, y a, punto de horca…

Los labios enrojecidos en espuma sanguinolenta del francés, escupieron:

—¡Ju… das!

—Sí, Judas Colbert, a mucha honra. Ya somos dos en llevar el mismo apelativo. ¿Y tú, qué clase de cerdo eres, que matas al japonés que confía en ti? Eso de la lealtad entre la plebe, es cuento… Sólo yo era leal, y me apuesto lo que no tengo, que me tenías preparada una buena sorpresa, ¿no? ¿En qué consiste? Te lo diré, *Baronet*… Falta el cuarto que dió la paliza… ¿Dónde está? Un hombrecillo llamado Charley. Se esconde fácilmente. ¿Dónde?

¿Dónde mejor que bajo la lona de tu lancha? Y me hubiera dado en la espalda, cuando yo ya os hubiese proporcionado la lancha de escape, y el camino para escapar. Si me equivoco, te pondré de nuevo en su sitio los huesos rotos… He enviado ahora a los tres marineros a registrar la lancha… que me tenías preparada.

Baronet perdió el sentido, pero siguió hablando Fox Colbert:

—Mi prestigio de leal al hampa es tan grande, que hasta lo antepusiste al asco que me da que se pegue a un hombre a traición. Tanto asco como otra cosa.

Se inclinó para recoger la pistola de *Baronet*.

Era indudable que aquellos tres hombres ni arrastrándose podrían ir muy lejos.

No miró siquiera a la australiana al pasar delante de ella, y avanzar hacia el fondo.

Apareció al extremo Patrick Ryan. Dijo:

—Tenías razón. Estaba escondido Charley bajo la lona. Seguramente te habría…

—Es asqueroso esto de atacar por la espalda, Pat. Y también pegar entre tres, a dos que estaban ya entontecidos.

—Tú lo ordenaste.

—Es verdad. Como también le dije a Carson que atendiera al motor, y a Lloyd que se ocupara de ver si alguien acechaba. Hay una cosa que aun me da más asco que pegar palizas entre varios a un hombre solo. ¿Sabes cuál es, Patrick Ryan?

El irlandés empezó a retroceder…

Fox Colbert, siguió avanzando, con el hercúleo torso algo encorvado…

—Lo que me da un asco supremo, es que la tripulación de un barco, mate a golpes de calabrote a su capitán.

Patrick Ryan gritó:

—¡Carson! ¡Lloyd!

Se defendió con furiosa desesperación, pero la embestida de Fox Colbert además de científica y práctica, era fríamente rabiosa.

La brevedad fué proporcional al efectismo demoledor, y cuando Lloyd y Carson aparecieron, se vieron poco a gusto, ante el encañonamiento de la pistola que Fox Colbert, dirigía hacia ellos dos.

—Quietos y a elegir. Echad los dados. Con uno de vosotros, me

sobra por guía hasta el escondite. Así seremos sólo tres a repartir. Yo, Marian, y el que de vosotros dos quede en estado de seguirme. ¿Vas a pegar tú, primero, Lloyd? Cuidado, porque me parece que va a anticiparse Carson… —los dos marineros se enzarzaron a golpes —. Eso es… Con uno solo basta. Esquiva, Lloyd… Mal esquivado… No está mal este tirón de cabellos, Carson… Pero me quedo preferentemente con la horquilla de los dedos en los ojos… Un golpe muy sabio, Lloyd. Ahora, es todo tuyo… Duro, y al estómago… No, hijo, así te harás daño… Así está mejor. Me parece que has ganado, Lloyd. Tuviste talento con acertar la horquilla.

Archer Lloyd estaba «terminando». Arrodillado, hacía chocar la cabeza de su compañero contra el empedrado.

Marian Bellamy, al lado de Colbert, murmuró:

—Bestias… Todos unas bestias…

Pero lo que ya la colmó de horror, fué ver cómo cuando Lloyd se levantaba, Fox Colbert descargaba su diestra.

La culata chocó estruendosa contra la base craneana de Archer Lloyd.

—Copo completo, envido y gano —sonrió Fox Colbert—. Y ahora, Mary, a tu elección. O salir por pies hasta Australia, o esperar a que esta plebe llamada policía, venga a recogerte aquí.

—¿Es que no se da cuenta…?

Tiró Fox Colbert al suelo la pistola que sostenía en alto, y miró de lado, a la que desde atrás, le apoyaba su diminuto revólver entre los omóplatos.

Por encima del hombro, comentó:

—Así nos vamos a estar poco tiempo, Mary.

—Dispararé, si pretende cualquiera de sus trucos.

—Tú eres la truquista, como ya me olí. Podrás ser una provocación en el escenario, pero no eres la aventurera que finges…

—Usted quedó en ir al Claro del Cañaveral…, donde esperará la amiga del japonés, la llamada Chola.

—Ya se encarga de ella Laforge, tan pronto le telefonee yo a Graham.

—¿Entonces…, es usted… policía como su hermano?

—Solamente su Lazarillo.

* * *

Graham Colbert crispó la boca. Podía ser una sonrisa…

El comisario Clemens resumió complacido:

—Acertó usted, Graham, al hacernos comprobar los antecedentes de Carolina. En efecto, era extraño que viniendo como amiga de un japonés, hace cosa de un año, y alojándose en «La Puliche», se ausentara y al regreso, el japonés volviera a «La Puliche», pero ella fuera al «Fifty». Y tampoco era normal su reacción, cuando Fox nos estuvo insultando. Tenía usted razón, Graham. Ella aprovechó la ocasión, para espiar de cerca todo lo que la policía pudiera averiguar. Cuando Laforge la cogió en el Claro del Cañaveral, se quedó rabiosamente sorprendida.

Miró a la que se sentaba en el brazo del sillón de Fox Colbert.

—En cuanto a usted, Mary, su obligación era comunicarnos que pertenecía al Servicio de Represión de Tráficos ilegales. No hay duda que con su éxito en las tablas… obtendrá muchas confidencias de quien se lo proponga.

—Trataré de obtener una sola de este… fenómeno —sonrió ella, apuntando con el índice a Fox Colbert.

Se levantó Clemens.

—Lo dicho, Graham. Me alegra ver cómo Fox atendió nuestra indicación escrita, apenas salió de aquí. Quedó Carolina Despré plenamente convencida de que confiábamos en ella. Cometieron un solo fallo, según usted, Graham. El telefonazo en que Charley fingió ser Fox, para comprobar si realmente no estaban ustedes combinados.

—Fox no pide perdón nunca, ni solicita ayuda ni se ve apocado. Además, la nota escrita que le entregó Laforge al salir, fingiendo cerrarle la puerta con desprecio, era clara. No debía comunicar conmigo para nada, puesto que sospechábamos de Carolina.

—Un trío magnífico —sonrió Clemens—. Queda en pie lo dicho, Fox. No le hará falta llamarse eso que tanto le horripila, o sea, policía. Pero como lazarillo de su hermano, no habrá pareja mejor de detectives. Y tal vez…

Miró significativamente a Marian Bellamy antes de irse.

—¿Cuál es esa única, confidencia que te interesa recibir del fenómeno llamado Fox Colbert? —inquirió Graham Colbert.

—¿Cómo adivinó que yo no era… lo que parezco en el escenario?

—Tu beso de promesa. Era frío, torpe… asustado. No besan así las aventureras, sino las que como tú, encienden faroles y no los apagan.

—Todo va bien —rió Graham Colbert—. Y me retiro antes que este fenómeno se ponga extremadamente indiscreto. Confío en que tardará en emprender su regreso a Australia, Mary.

—Mucho… Ya he ganado la prima del diez por ciento, ofrecida a los que rescatan valores mal adquiridos durante la guerra. Bien, la mitad, porque del mejor de los modos, Fox se ha ganado un cinco por ciento.

—Cero cincuenta. Hasta mañana, Graham. No te echo de tu propio salón, pero es que lo que sigue es netamente privado.

El silencio que siguió, lo supo interpretar Graham Colbert dirigiéndose hacia su alcoba.

Los besos en silencio son los más elocuentes.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.



Cualquier
momento es bueno...
D.D.T
CONTI
...PARA LEER
El DDT
LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS
SOLO CUESTA 2 PTS.

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 332 - Enry Claveri.
▪ DESTINOS CRUZADOS

Núm. 333 - Adela Gala.
▪ SU INVISIBLE PRESENCIA

Núm. 334 - Trini de Figueroa.
○ ESTRELLAS DE PLATA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 228 - L. Masota.
▪ LA ISLA DE LAS DAMAS

Núm. 229 - Carín Tellado.
▪ ¡BONITA... BONITA!

Núm. 230 - María Teresa Albó.
○ ENCUENTRO INESPERADO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 172 - Amparo Lora.
▪ TORTURA

Núm. 173 - Isabel Salueña.
▪ LA GRAN PRUEBA

Núm. 174 - M.ª Adela Durango.
○ EN EL MUNDO DEL CINE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 58 - Matilde Radón.
▪ UNA ISLA EN EL PACÍFICO

Núm. 59 - Laura Tur.
▪ LA VENUS MODERNA

Núm. 60 - Agueda de Vianney.
○ MARIDO COMPRADO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN BISONTE

Núm. 273 - Cliff Bradley.
▪ JUEGO PELIGROSO

Núm. 274 - Tex Taylor.
▪ EL OTRO LARRY

Núm. 275 - M. L. Estefanía.
○ COLORADO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 16 - Vic Peterson.
▪ EL ASESINO BUSCA ESPOSA

Núm. 17 - Arnold Briggs.
▪ BRIGADA FLUVIAL

Núm. 18 - Vic Peterson.
○ LOS GANGSTERS INVESTIGAN

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



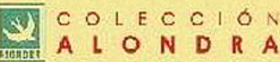
COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 137 - Tony M. Tower.
▪ EL SECRETO DE ROCKY MOUNTAIN

Núm. 138 - Andrew Castle.
▪ ESPÍAS EN ACCIÓN

Núm. 139 - Rod Lowell.
○ BUITRES SOBRE HOLLYWOOD

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 11 - María Adela Durango.
▪ LA MUJER HUMILLADA

Núm. 12 - Sergio Duval.
▪ JUEGO DE AUDACES

Núm. 13 - Nyhama.
○ EL ÚLTIMO BESO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

▪ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.